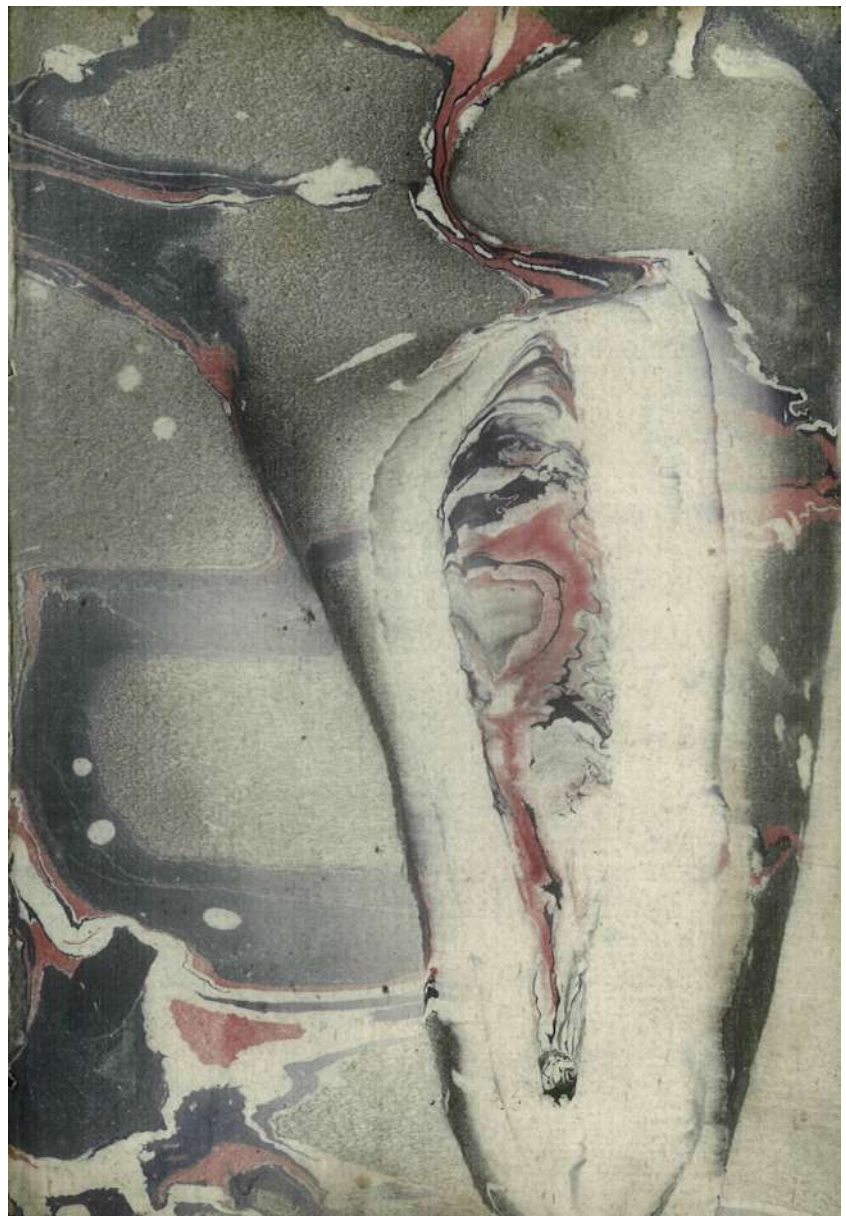

UNA CONSPIRACION

EN TIEMPO

DE LUIS XIII.

Novela escrita

POR EL CONDE ALFREDO DE VIGNY,

y vertida al castellano

Por D. C. C. y S.

Tomo II.

Madrid.

Imprenta de la Compañía Tipográfica.

1839.

CAPITULO VIII.

La entrevista.

Mi genio tiembla atónito delante del suyo.

BRITANICO.

La pomposa comitiva del Cardenal se habia detenido á la entrada del campamento; todas las tropas se hallaban puestas sobre las armas y formadas con el mayor órden, y la litera atravesó al estruendo del cañon y de las músicas sucesivas de cada regimiento una larga fila de caballería é infantería escalonada desde la primera tienda hasta la del ministro, levantada á alguna distancia del cuartel real, y que anunciaba á lo lejos la púrpura que la cubria. Todos los comandantes de los cuerpos recibieron un saludo ó una espresion de parte del Cardenal, que llegó en fin á su tienda, despidió su séquito y se en-

cerró en ella aguardando que llegara la hora de presentarse al rey. Pero ya se le habian adelantado personalmente cada uno de los personages de su escolta, y sin entrar en la real estancia, estaban esperando todos bajo de unas largas galerias, cubiertas de cutí rayado y dispuestas á manera de calles que desembocaban en la tienda del príncipe. Encontrábanse en ellas los cortesanos unos con otros, y paseándose por grupos saludábanse ó miraban con altivez, segun los intereses de los señores á quien servian. Otros estaban cuchicheando largo rato y daban señales de sorpresa, júbilo ó mal humor que indicaban que acababa de suceder alguna cosa estraordinaria. Entre otros muchísimos tenian dos personas en un rincon de la galeria principal este singular diálogo:

—Podria saber, señor abate, porqué me mirais tan resueltamente?

—Pardiez, señor de Launay, que estoy curiosísimo de ver lo que vais á hacer. Todos dejan solo á vuestro ministro desde el último viage que hicisteis á la Turena. ¿No lo habéis echado de ver? Pues id á hablar

un momento con los del partido de Monsieur ó de la reina; estais atrasado diez minutos en el reloj del cardenal de la Valette, que acaba de dar la mano á Rochepot y á todos los caballeros del difunto conde de Soisson, á quien toda la vida estaré llorando.

—Bonísimo, señor de Gondi! os comprendo razonablemente; me haceis el favor de provocarme á un duelo.

—Sí, señor conde, repuso el jóven abate saludando con toda la gravedad de entonces; buscaba una ocasion para hablaros en nombre de mi amigo, el caballero de Attichi, con quien tuvisteis cierto lance en Paris.

—Estoy á vuestras órdenes, señor abate; voy á buscar mis padrinos, y vos ved de buscar los vuestros.

—Será á caballo con espada y pistola. No es verdad? añadió Gondi con el mismo tono que si estuviera arreglando una partida de caza y limpiando con el dedo la manga de su sotana.

—Si no os parece otra cosa, repuso el otro. Y se separaron por un momento saludándose

con mucha cortesía y haciéndose profundas reverencias.

Rodeábalos una lucida concurrencia de jóvenes caballeros que paseaban de arriba abajo por la galeria, y se metieron entre ellos á buscar cada cual sus amigos. La corte habia desplegado en los trages aquella mañana toda la elegancia de entonces; pero las capas cortas de terciopelo ó raso de todos colores bordadas de plata ú oro; las cruces de san Miguel y del Espíritu Santo, las vistosas gorgueras, las numerosas plumas de los sombreros, las agujetas de oro, las cadenas de que pendian largas espadas; todo brillaba y deslumbraba menos que el fuego de las miradas, los dichos agudos y risas estrepitosas de aquella juventud guerrera. Varios grandes señores y personages de categoría paseaban tambien por en medio de aquella reunion, seguidos de sus muchos gentiles hombres.

El abate de Gondi, que era muy corto de vista, corria por todas partes frunciendo las cejas, medio cerrando los ojos para ver me-

jor y enderezándose los bigotes, porque en aquella época los llevaban tambien los eclesiásticos. Miraba á todos en las narices para poder conocer á sus amigos y se paró al fin delante de un jóven de gran estatura, vestido de negro de pies á cabeza, y que llevaba asimismo una espada de acero pavonado muy oscuro. Estaba hablando con un capitan de guardias, cuando llamándole aparte el abate Gondi, le dijo:

—Señor de Thou, necesito que seais mi padrino dentro de una hora, á caballo y con espada y pistola, si quereis hacerme esta honra.

—Caballero, sabeis que soy siempre vuestro para cuanto se os ofrezca. ¿Adonde debemos ir?

—Delante del bastion español, si os parece.

—Perdonad, pero estaba en una conversacion que me interesaba mucho; seré puntual á la cita.

Y le dejó para volverse á hablar con su capitan. Todo esto lo habia dicho con un tono de voz muy apacible, una serenidad in-

alterable, y aun algun tanto distraido.

El abate le apretó la mano con gradísimo contento y prosiguió su pesquisa.

No le fué tan fácil componerse con los demas señores á quien habló; estos le conocian mejor que Thou y apenas le veian venir de lejos, procuraban huirle el cuerpo, ó bien se le echaban á reir en sus barbas y no le ofrecian su ayuda.

—Vaya, abate, otra vez andais buscando gente; apuesto que es un padrino el que necesitais, dijo el duque de Beaufort.

—Y yo apuesto, añadio el caballero de la Rochefoucauld, que es contra algun partidario del Cardenal Duque.

—Ambos tienen Vds. razon, señores; pero de cuando acá se rien de los lances de honor?

—Dios me libre de ello, repuso el de Beaufort, los hombres de espada como nosotros los acatan en todo su punto; pero no me sucede asi con los pliegues de una sotana.

—Pardiez, señor, que sobradamente sabeis que no me embaraza la muñeca, como lo probarè á quien quiera. Ademas yo solo deseo encontrar ocasion de colgar los hábitos.

—Y seguramente os batís tan amenudo para rasgarlos pronto, dijo La Rochefoucauld; pero acordaos, mi querido abate, de que estais debajo.

Gondi volvió la espalda mirando un reloj y no queriendo perder mas tiempo en chistes insulsos; pero no fué mas afortunado con otros, pues habiéndose acercado á los gentiles hombres de la reina jóven, quien creia descontentos del Cardenal y pensaba tendrian mucha satisfaccion en medirse con sus criaturas, uno de ellos le dijo con mucha gravedad.

—Ya sabeis lo que acaba de pasar, caballero Gondi; el rey ha dicho en voz muy alta: Plázcale ó no á nuestro imperioso Cardenal, la viuda de Enrique el Grande no estará mucho tiempo desterrada. *Imperioso*, señor abate! ¿Estáis en esto? El rey no habia hablado nunca de él en términos tan agrios. *Imperioso!* es una desgracia completa. Verdaderamente nadie se atreverá ahora á hablarle, y no hay duda de que hoy mismo sale de la corte.

—Me lo han contado, caballero; pero tengo un lance...

—Es una fortuna para vos á quien tenia cortada la carrera.

—Un lance de honor...

—En vez de que Mazarino está á vuestro favor...

—Vaya. Queréis escucharme ó no?

—Ay si está á favor vuestro! No puede echar en olvido vuestras aventuras, el soberbio desafio con el caballero Coutenan y la preciosa alfilerera, y aun le ha hablado de ello al rey. Vaya, adios, querido abate, que tenemos mucha prisa; adios, adios... Y agarrando el brazo de su amigo se escurrió el burlon mancebo por la galeria y no tardó en perderse entre la multitud de paseantes.

El pobre abate estaba pues mortificadisimo de no haber podido encontrar mas que un padrino y veia con tristeza que se pasaba la hora, cuando he aqui que entre la concurrencia vió un caballero mozo á quien no conocia, sentado cerca de una mesa y recostado sobre el codo con semblante melancó-

lico; llevaba un trage de luto, señal de que no estaba agregado á ningun cuerpo, ni al servicio particular de alguna casa grande, y parecia aguardar con paciencia el momento de entrar en el cuarto del rey, mirando entretanto con aire negligente á los que le rodeaban como si no viese ni conociera allí á nadie.

Echó sobre él la vista Gondi y se le acercó sin titubear:

—A fe mia, caballero, le dijo, que no tengo el honor de conoceros; pero nunca puede un asalto de florete desagradar á un hombre de ánimo esforzado, y si quereis ser padrino mio, dentro de un cuarto de hora nos veremos en la liza. Yo soy Pablo de Gondi, y he desafiado al caballero de Launay, que, aunque parcial del cardenal, es hombre en lo demas de muchísima cortesía.

Respondióle el desconocido sin manifestar sorpresa alguna de este preambulo ni mudar de posicion: ¿Y quienes son sus padrinos?

—A fe mia que no lo sé. ¿Pero que os importa saberlo? Con los ami-

gos no se riñe por darles un cintarazo.

Sonrióse el forastero al descuido, estuvo un momento atusandose con la mano sus largos cabellos castaños, y le dijo por último con indolencia y mirando un gran reloj redondo que llevaba colgado de la cintura.

—Asi como asi, nada tenia que hacer ahora, caballero, y como no encuentro aqui amigo alguno, os acompañaré sin dificultad: lo mismo se me da pasar en esto mi tiempo que en otra cosa cualquiera.

Y cogiendo de la mesa su ancho sombrero de plumas negras, echó á andar despacio siguiendo al belicoso ebate, que iba delante de él y volvia á cada momento á aguijonearle, como un chiquillo que corre delante de su padre, ó un perrito faldero que va y vuelve veinte veces antes de llegar al estremo de una calle.

Entretanto dos ugieres que vestian la librea real abrieron las grandes cortinas que separaban la galeria de la tienda del rey, y todos guardaron silencio. Empezaron luego á entrar sucesivamente y con lentitud en la estancia provisional del príncipe, quien

recibió con afabilidad á toda su corte, y era el primero que se ofrecia á la vista de cada una de las personas que entraban.

El rey Luis XIII estaba de pie delante de una pequeña mesita rodeada de dorados sillones y en medio de todos los grandes oficiales de la corona: su trage era elegantísimo y consistia en una especie de chupa agamuzada con las mangas abiertas y adornadas de agujetas y cintas azules que le cubrian hasta la cintura. Llevaba puesto un anchísimo pantalon parecido al de los turcos de ahora, el cual no le llegaba mas que á la rodilla, y su trage *amarillo con listas encarnadas* estaba tambien adornado por lo bajo de cintas azules. Sus botas de montar que le alcanzaban solo á tres pulgadas mas arriba del tobillo, eran tan anchas y estaban forradas de encage en tanta cantidad que parecia con ellas un tiesto de flores. Cubria el brazo izquierdo del rey, apoyado sobre el pomo de su espada, una capa corta de terciopelo azul sobre la cual estaba bordada la cruz del Espíritu Santo.

Tenia la cabeza descubierta, y distinguia-

se muy claramente su noble y pálido semblante iluminado por el sol que entraba por encima de la tienda. La barbita puntiaguda que se estilaba entonces hacia aun mas flaco su rostro, pero tambien realzaba su espresion melancólica; su frente elevada, perfil antiguo y nariz aguileña indicaban que era un príncipe de la esclarecida estirpe de los Borbones; tenia todas las facciones de sus antepasados, escepto su mirada atrevida: sus ojos parecian encarnados á fuerza de llorar, estaban empañados por un sueño perpétuo, y ésta incertidumbre de su vista le daba un cierto aire de distraccion.

En aquel momento afectaba llamar en derredor suyo y escuchar atentamente á los mayores enemigos del cardenal que aguardaba de un instante á otro; y balanceandose un poco del uno al otro pie, costumbre hereditaria de su familia, hablaba con bastante velocidad, pero inturrumpiéndose á cada paso para hacer una bondadosa inclinacion ó un ademan con la mano á los que pasaban delante de él saludandole reverentemente.

Dos horas habia que estaba asi la corte con el rey sin que hubiera comparecido el cardenal; los cortesanos todos se agolpaban y empujaban detras del príncipe y en las galerias colgadas que se prolongaban detras de la tienda; ya iba tambien siendo mas largos los intérvalos de tiempo transcurridos desde que se anuciaba un cortesano hasta mentar el nombre del siguiente.

—Y no veremos hoy á nuestro primo el cardenal? dijo volviendose el rey y mirando á Montresor, gentil-hombre de su hermano como para animarle á que respondiese.

—Señor, créese que esté muy malo en este momento, replicó el preguntado.

—Y lo peor es que no sé quien pueda curarle, como no sea V. M., dijo el duque de Beaufort.

—Nos curamos solamente los sabañones, dijo el rey, y los males del cardenal son siempre tan misteriosos que confieso no los entiendo nunca.

El príncipe iba asi probando á contrarestar á su ministro, cobrando fuerzas con los chistes para poder sacudir me-

jor su insoportable yugo, pero tan dificil de quebrantar. Pareciale ya que lo habia casi consegnido, y animado al ver los rostros risueños de cuantos le rodeaban, se congratulaba ya dentro de sí de haber sabido recobrar su imperio, y gozaba entonces de creerse tan fuerte una inquietud involuntaria que sentia en el fondo de su alma le decia á la verdad que pasado aquel momento iba á cargar él solo con todo el peso del Estado; pero hablaba sin cesar para no ser atormentado de tan molesta idea, y disimulando el secreto conocimiento que tenia de su incapocidad para gobernar, no daba rienda suelta á su imaginacion mas que para pensar en el resultado de sus empresas, haciendose violencia á sí mismo para olvidarse de las ásperas sendas que pueden conducir á ellas. Las palabras se sucedian con rapidez en sus labios.

—Pronto vamos á toman á Perpiñan, decia de lejos á Fabert.

Entonces, cardenal, es nuestra la Lorena! añadia dirijiéndose á la Valette; y cogiendo luego el brazo de Mazarino, proseguia.

—¿No es verdad que gobernar todo un reino no es una cosa tan dificil como se cree?

El Italiano, que no estaba tan confiado como los demas cortesanos en la desgracia del cardenal, respondió para no comprometerse:

—¡Ay señor! los triunfos obtenidos últimamente por V. M. dentro y fuera del reino prueban lo acertado que es en elegir sus instrumentos, dirigirlos y...

Pero interrumpiendole aqui el duque de Beaufort con aquella confianza, aquella voz fuerte y aquel aire que fueron causa de que se le pusiese en lo sucesivo el apodo de *el importante*, esclamó levantando la cabeza:

—Pardiez, señor, que basta solo con quererlo; á una nacion se la gobierna del mismo modo que á un caballo, con brida y espuela, y como todos nosotros somos buenos ginetes, no tiene V. M. mas que escoger. Esta impertinente salida no llegó á producir su efecto, porque los dos ujieres gritaron á una: Su Eminencia!

El rey se ruborizó al pronto involuntariamente, como si hubiese sido sorprendido *in fraganti*. Pero no tardó en tomar un con-

tinente resuelto de altivez que no se le escondió al ministro.

Richelieu, vestido con el pomposo trage de cardenal, apoyado en dos pages jóvenes y seguido de su capitan de guardias y de quinientos gentiles-hombres agregados á su servidumbre, se adelantó poco á poco hacia el rey, y parandose á cada momento como si á ello le obligaran sus dolores, pero en realidad para observar la espresion de las fisonomias que tenia en frente. Bastóle echar una rápida ojeada para enterarse de todo.

Su comitiva se quedó á la entrada de la tienda real, y de cuantos cortesanos estaban dentro de esta, no hubo uno que se atreviese á saludarle ó echarle una simple mirada; hasta el mismo la Valette hacia como que estaba distraido hablando con Montresor, y el rey, que queria recibirle mal, aparentó saludarle ligeramente y continuó hablando aparte y en voz baja con el Duque de Beaufort.

Vióse pues obligado el cardenal despues del primer saludo á pararse y dirijirse hácia donde estaban los cortesanos como si hu-

biese querido amalgamarse con ellos, pero su intencion era esperimentarlos á todos de cerca; todos ellos retrocedian y apartaban de él como si fuese un leproso, y solo se le acercó Fabert con la franqueza y áspero ademan que solia, y le dijo en el lenguaje de su profesion.

—Vaya, Monseñor, que abrís en ello brecha como un cañonazo, suplicoos que los perdoneis.

—Y vos os manteneis firme delante de mi como en presencia del enemigo, dijo el duque; no os pesará de ello en adelante, querido Fabert.

Mazarino se acercó tambien al cardenal, pero con precaucion, y aparentando en su rostro mudable una profunda tristeza le hizo cinco ó seis reverencias muy ligeras volviendo la espalda á los que hablaban con el rey; de manera que desde alli podian pasar por los saludos frios y precipitados que se hacen á las personas que importunan, y de la parte del duque como muestras de respeto, pero de un sentimiento discreto y silencioso.

El ministro, que seguia muy sosegado, se sonrió con desden, y mirando de aquel modo fijo y con aquel aire de grandeza que se revelaba en él en los mas inminentes peligros, se apoyó de nuevo sobre sus pages, y sin esperar una mirada ó espresion de su soberano, tomó al momento su resolucion y se encaminó hacia él en derechura atravesando todo lo largo de la tienda. Nadie habia apartado de él los ojos, aunque aparentaban no mirarle, y todos, aun aquellos que estaban hablando con el rey, guardaron silencio; los cortesanos se volvieron atentos hacia el príncipe para ver y escuchar.

Volvióse sorprendido Luis XIII, y faltándole entonces la presencia de ánimo, se quedó inmoble y se contentó con echarle una mirada muy fria que era en lo que consistia toda su fortaleza, fuerza de inercia grandisima seguramente en los príncipes.

El cardenal no se inclinó al llegar cerca del monarca, sino que sin mudar de postura, bajos los ojos y puestas ambas manos sobre la espalda de los dos pages medio encorbados con su peso, dijo:

—Vengo, señor á suplicar á V. M. que me otorgue por último el retiro que estoy ansiando hace tanto tiempo. Mi salud está quebrantada y conozco que en breve acabaré de vivir; la eternidad se acerca para mí, y antes de dar cuenta al eterno Rey, quiero darsela al rey temporal. Diez y ocho años hace, señor, que me entregasteis un reyno endeble y dividido, y ahora os le vuelvo unido y poderoso. Vuestros enemigos han sido vencidos y humillados, y acabé enteramente mi obra. Pido á V. M. permiso para retirarme á Cister donde soy abad general y acabar mis dias en la oracion y meditacion.

Ofendido el rey de algunas espresiones altivas que contenia el discurso del cardenal, no dió ninguna de las señales que este aguardaba y le habia visto dar siempre que le habia amenazado con retirarse de los negocios. Viendo al contrario que le estaba observando toda la corte, le miró á lo rey y dijo con frialdad: —Os agradecemos vuestros servicios, señor cardenal, y Dios quiera que alcanceis el reposo que deseais.

Conmoviose interiormente Richelieu, pero fue de cólera y sin que su rostro diese el menor indicio de lo que sentia. Esa es la misma frialdad, dijo para sí, con que dejaste morir á Montmorency, pero no te me escaparás de ese modo. Volvió pues á tomar la palabra, y dijo inclinándose:

—La única recompensa que pido á V. M. por mis servicios es que se digne recibir de de mí el don gratuito que le hago del palacio del Dardenal, construido en Paris á mis espensas.

Admirado el rey hizo una señal con la cabeza dando á entender que lo admitia. La corte atenta soltó un murmullo de sorpresa.

—Me echo tambien á los reales pies de V. M. para que se sirva otorgarme la revocacion de una medida de rigor á que yo dí lugar, (lo confieso públicamente), creyéndola acaso ventajosísima para el reposo del Estado. Sí, cuando yo estaba entregado al mundo, olvidaba por el bien general con harta frecuencia mis antiguos sentimientos de respeto y adhesion á muchas personas. Ahora que estoy ya gozando las luces de la

soledad, veo que he ido descarriado, y me arrepiento.

Creció con esto la atencion, y fué haciéndose patente el desasosiego del rey.

—Sí, hay una persona, señor, á quien siempre tuve aficion á pesar de los agravios que ha cometido contra V. M. y el desapego que me ví obligado á mostrarle para bien del reino; una persona á quien debo mucho y que vos quereis sobremanera, no obstante sus ataques á mano armada contra V. M.; una persona, en fin, á quien os suplico levanteis el destierro: hablo de vuestra madre, la reina Maria de Médicis.

Soltó el rey un grito involuntario, pues tan distante estaba de oirle pronunciar este nombre. Pintóse de repente en todas las fisonomías una grandísima agitacion, y los cortesanos aguardaban con silencio las palabras reales. Luis XIII estuvo mirando largo rato á su anciano ministro sin hablar, y aquella mirada decidió de la suerte de la Francia. Repasó al punto en su memoria los incansables servicios de Richelieu, su fidelidad sin límites, su maravillosa capacidad

y se admiró de que hubiese querido apartarle; conmovióse muchísimo al oir su peticion que le arrancaba la cólera del corazon y le derribaba de las manos la única arma que tenia contra su antiguo privado: el amor filial le trajo el perdon á los labios, y las lágrimas á los ojos, gozoso de conceder lo que mas deseaba en el mundo, alargó la mano al duque con toda la bondad y nobleza de un Barbon. Inclinóse el cardenal besandola con respeto; y su corazon, que habria debido despedazarse de arrepentimiento, se hinchó únicamente de la alegria que le inspiraba su orgulloso triunfo,

Enternecido el príncipe le dejó agarrar su mano, y volviendose con gracia hácia la corte, dijo con voz muy conmovida:

—Muchas veces nos engañamos, señores, y mas si tratamos de conocer á un tan profundo político como este; espero que nunca se separará de nuestro lado, pues tiene tan buen corazon como gran capacidad.

El cardenal de Valette cogió al punto el borde de la capa del rey y la besó con todo el ardor de un amante, en tanto que Ma-

zarino hacia casi lo propio con el mismo duqué de Richelieu, aparentando en la cara una alegria y sensibilidad grandísimas con el admirable arte de los italianos.

Llovian las adulaciones sobre el rey y su ministro; los que se dirigian al primero, no menos diestros aunque no tan esplícitos como los otros, solo daban al príncipe las gracias que podian entenderse con el ministro, y quemaban asi á los pies del uno el incienso que destinaban al otro. Por lo que hace á Richelieu, haciendo á la derecha una inclinacion de cabeza y dirigiendo una sonrisa á la izquierda, dió dos pasos y se colocó de pie á la derecha del rey, como su natural puesto. Un estrangero hubiera creido al entrar que el rey estaba á la izquierda del ministro. El mariscal de Estrées y todos los embajadores, el duque de Halluin, el mariscal de Chatillon, y todos los grandes oficiales del egército y de la corona le rodeaban á porfía, y cada uno esperaba con impaciencia á que los demas acabasen su cumplimiento para empezar el suyo, temiendo que dijese antes alguien la adulacion que acababa de improvisar ó la fórmu-

la de respeto que pensaba dirijirle. Fabert se habia retirado por su parte á un rincon de la tienda, y estaba hablando con Montresor y los gentiles hombres de *Monsieur*, todos enemigos irreconciliables del Cardenal. Esta conducta habria sido muy vituperada en otro cualquiera que no fuese tan conocido, pero sabíase que á pesar de vivir en medio de la corte ignoraba siempre sus intrigas, y decíase de él que volvia de ganar una batalla como el caballo del rey de una partida de caza el cual deja á los perros que acaricien á su amo y se repartan la ralea sin hacer presente la parte que ha tenido en el triunfo.

Parecia pues que ya habia pasado la borrasca, y que á los violentos embates de la mañana acababa de suceder una calma grandísima; en la tienda no se oia mas que un respetuoso murmullo interrumpido por joviales risas y protestas estrepitosas de adhesion y fidelidad. El cardenal levantaba de vez en cuando la voz y esclamaba: ¡Con qué vamos á ver otra vez á esa pobre reina! Nunca me habria atrevido á esperar gozar de tal dicha antes de morir. — Escuchábale el rey

con benignidad y no trataba de ocultar su satisfaccion: ¡seguramente le ha inspirado el cielo esa idea decia; este buen cardenal contra quien me habian indispuesto tanto, solo pensaba en la union de mi familia: desde el nacimiento del Delfin no he vuelto á tener mayor satisfaccion que la que siento en este momento. Es visible que el reino está protegido por la Santa Virgen »

En aquel momento entró un capitan de guardias á hablar al oido del príncipe.

—Un correo de Colonia? dijo el rey; que espere en mi gabinete.

No pudiendo luego contenerse mas tiempo, dijo: Voy, voy! Y se entró solo en una tienda pequeña cuadrada contigua á la grande; vióse entrar dentro á un correo muy mozo que llevaba un pliego con oblea negra, y los ujieres corrieron las cortinas.

El Cardenal quedó hecho señor de toda la corte, y á él se dirigieron ya todas las adoraciones; pero notóse que no las recibia con la misma serenidad: preguntó muchas veces qué hora era y manifestó una turbacion que no era fingida; sus ojos se volvian continua-

mente inquietos y azarosos hácia el gabinete. Abrióse este de repente, y el rey salió solo deteniéndose á la entrada. Estaba mas pálido de lo que solia, veiasele temblar de pies á cabeza, y tenia en la mano una gran carta sellada con cinco sellos negros.

— Señores, dijo en voz alta, pero interrumpida, la reina madre acaba de morir en Colonia, y quizás no he sido el primero á saber esta noticia, añadió arrojando una severa mirada al impasible Cardenal. Pero solo Dios es el sabedor de todas las cosas. Dentro de una hora montaremos á caballo y atacaremos las lineas. Seguidme, señores mariscales. Y volvió inmediatamente la espalda entrándose con ellos en el gabinete.

La corte se retiró despues del ministro, que sin dar la menor señal de tristeza ni de despecho, salió con la misma gravedad que habia entrado, como vencedor.

CAPITULO IX.

A mí me gusta ver como los fuertes impiden vomitando fuego las avenidas, como la espada desnuda de los gefes va guiando á las dóciles tropas, á la centinela perdida en un bosque solitario, y á los batallones veteranos que pasan por las ciudades con su bandera destrozada.

VICTOR HUGO.

Hay momentos en la vida en que se desean ardientemente las grandes conmociones para salir de pequeños padecimientos, épocas en que el alma, semejante al leon de la fábula, y cansada de las continuas acometidas del insecto, desea combatir con mas poderoso enemigo ó invoca los peligros con toda la fuer-

za del deseo. Cinq-Mars se encontraba en esta disposicion de ánimo, la cual es nacida siempre de una achacosa sensibilidad de los órganos, y de una perpetua agitacion del corazon. Cansado de revolver en su cabeza incesantemente las combinaciones de acontecimientos que deseaba y las que tenia que temer, cansado de consagrar á estas probabilidades todo el vigor que su cabeza conservaba para el cálculo, de invocar en su auxilio todo lo que su educacion le habia hecho aprender de la vida de los hombres ilustres para aplicarlo á su situacion presente; abrumado por sus pesares, sueños, predicciones, quimeras, recelos y todo el mundo imaginario en que habia vivido durante su solitario viage, respiró al encontrarse en medio de un mundo real casi tan estrepitoso, y el sentimiento de los peligros verdaderos volvió á su sangre la circulacion, y la juventud á todo su ser.

Desde la escena nocturna de la posada cerca de Loudun, no habia podido cobrar bastante imperio sobre sí propio para pensar en otra cosa que en sus ideas favoritas y dolo-

rosas, y ya le iba entrando una especie de consuncion, cuando felizmente llegó al campo de Perpiñan, y felizmente tambien tuvo ocasion de admitir la proposicion del abate de Gondi, porque seguramente se habrá reconocido á Cinq-Mars en aquel jóven estrangero vestido de luto, tan negligente y melancólico, que el duelista con sotana habia tomado por testigo.

Habia hecho plantar su tienda como voluntario en la calle del campamento señalada á los jóvenes nobles que debian ser presentados al rey y servir como edecanes de los generales; dirigióse á ella con presteza, á poco estuvo ya armado, montado y con coraza, segun la costumbre que aun duraba entonces, y se marchó solo hácia el bastion español, que era el lugar de la cita. Llegó á él antes que nadie, y observó que el abatillo habia escogido con mucho tino para sus proyectos homicidas un pequeño campo de cesped oculto por las obras de la plaza; porque además de que nadie hubiera sospechado que los oficiales fueran á batirse al pie de la misma ciudad que atacaban, el cuerpo del bas-

en los separaba del campamento francés y debia encubrirlos como una gran antepuerta. Bueno era tomar estas precauciones, porque entonces costaba nada menos que la cabeza el tener la satisfaccion de esponer asi el cuerpo.

Mientras esperaba á sus amigos y adversarios, Cinq Mars tuvo tiempo de examinar la parte del sur de Perpiñan á cuya vista se encontraba. Habia oido decir que no eran estas obras las que se iban á atacar, y se afanaba inutilmente por penetrar el objeto de este plan. Entre aquella cara meridional de la ciudad, y las montañas del Albére y la garganta del Perthus, se hubieran podido trazar lineas de ataque y reductos contra el punto accesible. Pero no se habia colocado alli ni un soldado del ejército, y todas las fuerzas se dirigian al parecer sobre el norte de Perpiñan, que era el flanco de mas dificil accesion, contra un fuerte de ladrillo llamado el Castillete que domina la puerta de Nuestra Señora. Vió que un terreno pantanoso al parecer, pero muy consistente, conducia hasta el pie del bastion español; que aquel puesto estaba custodiado con toda la negli-

gencia de los castellanos, y que no podia contar con mas fuerza que sus defensores, porque sus almenas y saeteras estaban caidas y guardadas por cuatro piezas de cañon de desmesurado calibre; inmóviles por lo tanto á imposibles de ser manejadas contra un peloton de gente que se arrojase con precipitacion hasta el pie del muro. Fácil era ver que aquellas desmesuradas piezas habian quitado á los sitiadores la idea de atacar aquel punto, y á los sitiados la de multiplicar alla los medios de defensa. Asi es que por una parte los puestos y centinelas estaban muy distantes, y por la otra escaseaban las segundas y se encontraban mal apoyadas. Un jóven español, que llevaba un largo arcabuz, con su horquilla colgada al lado y la humeante mecha en la derecha mano, se paseaba con negligencia sobre la muralla y se paró á contemplar á Cinq-Mars que daba á caballo vuelta á los fosos y á las lagunas.

—Señor caballero, le dijo: y traéis ánimo de tomar el bastion solo y á caballo, como don Quijote de la Mancha

Y al mismo tiempo desató la horquilla que

llevaba ceñida, la hincó en tierra, y apoyaba ya en ella la punta de su fusil para hacer la punteria cuando otro grave español de mas edad, que estaba embozado en una sucia capa parda, le dijo en su lengua:

—Ambrosio del demonio, ¿no sabes que está prohibido gastar inútilmente la pólvora hasta las salidas ó en los ataques, y mucho mas por tener el gusto de matar á un muchacho que vale menos que tu mecha? Aqui mismo fué donde Carlos V arrojó y ahogó en el foso al centinela dormido. Cumple con tu deber, ó imito su ejemplo.

Ambrosio volvió á echar al hombro su fusil, se ató otra vez la horquilla, y prosiguió su paseo por la muralla.

Cinq-Mars se habia cuidado poquísimo de aquel movimiento de amenaza, contentándose con levantar las riendas de su caballo y arrimarle las espuelas, sabiendo que de un brinco del veloz corcél se colocaría detrás de los restos de una pequeña choza que habia en el campo en que se hallaba, y se resguardaria del arcabuz español antes de que este hubiese aca-

bado la operacion de apuntar y hacer fuego. Sabía ademas que un convenio tácito entre ambos ejércitos prohibia que los tiradores hiciesen fuego á los centinelas, lo cual habria sido mirado como un asesinato por ambas partes. Menester era en su consecuencia que el soldado, que de aquel modo se habia preparado al ataque, ignorase la consigna dada. Asi que, el jóven Effiat no hizo ningun movimiento aparente; y cuando el centinela volvió á seguir su paseo sobre la muralla, él prosiguió el suyo sobre la yerba, y en breve vió cinco caballeros que se dirijian hácia él. Los dos primeros, que llegaron á todo galope, no le saludaron; pero parándose casi á su lado, echaron pie á tierra, y Cinq-Mars se encontró en brazos del consejero Thou que tiernamente le abraza, mientras que el abate de Gordi exclamaba riendo de muy buena voluntad.

—Aqui tenemos otro Orestes que vuelve á encontrar á su Pílades, y esto en el momento mismo de quitar de en medio un tuno, que os aseguro no es de la familia del rey de los reyes.

—¡Cómo! ¿eras tú, querido Cinq-Mars? exclamaba Thou. ¡Y sin que yo supiera tu llegada al campamento! Sí, tú eres; te conozco, aunque estás mas descolorido. ¿Has estado enfermo, querido amigo? Te he escrito muchísimas veces; porque nuestra amistad de niños me ha quedado muy impresa en el corazon.

—Y yó, respondia Enrique de Effiat, he andado muy negligente contigo, pero ya te contaré todo lo que me traía distraido: como pensaba hablarte de ello en persona, tenia verguenza de escribírtelo. ¡Qué bueno eres! Tu amistad no se ha cansado.....

—Harto bien te conocia yo, proseguia Thou; sabia que entre nosotros no podia haber orgullo, y que mi alma simpatizaba con la tuya.

Y al decir estas palabras se abrazaban, preñados sus ojos de aquellas dulcísimas lágrimas que tan raras veces se derraman en la vida, y de que no obstante parece que está siempre cargado el corazon, pues tal es el placer que causan cuando corren.

Aquellos momentos fueron breves, y du-

rante estas pocas palabras Gondi no habia dejado de tirarles de la capa, diciéndo:

—A caballo, á caballo, señores! Pardiez, si tan tiernos sois, luego tendreis tiempo de abrazaros; pero no os esteis así, y pensemos en despachar con nuestros amigos que llegan ya. En mala situacion nos encontramos con aquellos tres tunos en frente, los archeros no muy distantes, y los españoles allá arriba; es menester hacer cara á tres fuegos.

Todavia estaba hablando, cuando Launay que estaba á sesenta pasos de allí con sus padrinos, los que habia elegido entre sus amigos mas bien que entre los partidarios del Cardenal, *embarcó* su caballo al trote, segun la expresion de los picadores, y con toda la exactitud de las lecciones gimnásticas, se adelantó con muy buen garbo hácia sus jóvenes contrarios, y dijo saludándoles con gravedad:

—Caballeros, creo que harémos muy bien en elegírnos y tomar campo, porque se van á atacar las líneas y es menester que me encuentre en mi puesto.

—Estamos preparados, señor, dijo Cinq-

Mars; y en cuanto á lo que decís de escogernos, me alegraría mucho de teneros en frente, porque no he echado en olvido al mariscal de Bassompierre, y al bosque de Chaumont; ya sabeis como pienso sobre la insolente visita que hicísteis en casa de mi madre.

—Sois un jóven, señor; en casa de vuestra madre me conduje como una persona de educacion; con el mariscal me porté como capitan de guardias, ahora lo hago como caballero con el señor abate que me ha desafiado, y luego tendré la honra de serlo con vos.

—Si es que yo lo permito, dijo Gondi ya á caballo.

Tomaron sesenta pasos de campo, que habian escogido lo que daba de sí el prado que habian elegido, y el abate se colocó entre Thou y su amigo que se hallaba mas próximo á las murallas del bastion, adonde acudieron los dos oficiales y unos veinte soldados españoles para ver como dos desde un balcon aquel desafio de seis personas, espectáculo á que estaban ya bastante acostumbrados. Manifestaban las mismas señales de alegria que en sus corridas de toros, y reían con aquella

amarga y silvestre risa que su fisonomía ha heredado de la sangre de los árabes.

Los seis caballos rompieron al galope á una señal de Gondi, y se encontraron sin tropezar en medio de la arena; oyéronse en el instante mismo seis pistoletazos casi á la vez, y los combatientes desaparecieron entre el humo.

Luego que este se disipó, de los seis caballos y seis ginetes se vieron solo tres hombres y tres animales en buen estado. Cinq-Mars estaba montado dando la mano á su contrario tan sosegado como él; hácia el otro extremo se acercaba Thou á levantar al suyo á quien le habia matado el caballo; tocante á Gondi y á Launay, no parecia ninguno de los dos. Buscándolos inquieto Cinq-Mars, vió mas adelante al caballo del abate que brincaba y se rebullía arrastrando en pos de sí al futuro Cardenal que tenia enganchado un pie en el estribo, y juraba lo mismo que si nunca hubiese estudiado mas que el lenguage de los campamentos; tenia la nariz y las manos ensangrentadas de resultas de su caida y de los esfuerzos que ha-

cia para agarrarse al cesped, y veía no con mucho gusto que su caballo, á quien su pies espoleaba muy á pesar suyo, se dirijia hácia el foso de agua que circundaba el baluarte, cuando afortunadamente Cinq-Mars, interponiéndose entre él y el pantano, le agarró por la brida y lo detuvo.

—Vaya, mi querido abate, veo que no estais muy lisiado, cuando hablais con tanto brío.

—¡Voto va á Cristo! decia Gondi limpiándose la tierra que tenia en los ojos, para tirar un pistoletazo á la cara de ese gigante me ha sido preciso echarme hácia adelante y levantarme sobre el estribo, por lo que he perdido algo el equilibrio; pero creo que tambien él está por tierra.

—No os equivocais, señor, dijo Thou sobreviniendo; mirad allí á su caballo nadando con su amo por el foso á quien le habeis saltado la tapa de los sesos; es menester tratar de evadirnos.

—¡Evadirnos! dijo el contrario de Cinq-Mars que llegaba á la sazon; bastante dificil es; oid el cañonazo que anuncia la señal del

ataque, yo no creía que le disparasen tan presto, y si ahora volvemos, nos vamos á encontrar con los suizos y los lansquenetes que están de batalla por esta parte.

—Tiene razon el caballero Fontrailles, dijo Thou; pero si no nos volvemos, aqui tenemos á los españoles que acuden á las armas y harán silvarnos las balas sobre la cabeza.

—Pues celebrémos consejo, dijo Gondi; llamad á Mr. de Montresor que se afana en valde por buscar el cuerpo del pobre Launay. Nó lo habeis herido, caballero Thou?

—No, señor cura; no todos tienen la mano tan certera como vos, dijo con amargura Montrésor que venia medio cojeando á causa de su caida: no tendrémos tiempo de proseguir con la espada.

—No soy yo de ese parecer, dijo Fontrailles; el caballero Cinq-Mars se ha conducido conmigo con demasiada nobleza; mi pistola tardó en despedir el tiro, y aunque llegó á ponerme la suya sobre la mejilla que á fé mia la siento fria aun, tuvo la bondad de apartarla y disparar al aire; nunca olvi-

daré esto, y soy suyo en vida y en muerte.

—No se trata de eso, caballeros, interrumpió Cinq-Mars; ahora me acaba de silvar una bala á los oidos; el ataque está ya empezado, y nos vemos envueltos por amigos y enemigos.

Efectivamente el cañoneo era general, la ciudadela, la plaza y el ejército estaban cubiertos de humo: solo el baluarte que les hacia frente no era atacado por los sitiadores, y los que le defendian parecian cuidarse menos de su conservacion que de examinar la suerte de las demas fortificaciones.

—Creo que el enemigo ha hecho una salida, dijo Montresor, porque ya no hay humo en el llano, y veo cargar á varios pelotones de caballería protegidos por el cañon de la plaza.

—Caballeros, dijo Cinq-Mars que no habia dejado de observar las murallas, pudiéramos tomar un partido, y era entrar en este baluarte mal custodiado.

—Decís muy bien, señor, repuso Fontrailles; pero no somos mas que cinco contra treinta cuando menos, y aquí estamos descubiertos y somos fáciles de contar.

—¡No es mala idea á fé mia! dijo Gondi; mas vale que nos den un balazo allá arriba que nos ahorquen allá abajo si nos llegan á encontrar, porque ya deben haber notado que Launay falta de su compañía, y toda la corte sabe nuestro lance.

—Pardiez, señores, dijo Montresor que aqui nos viene socorro.

Un numeroso peloton de caballería llegaba hácia ellos á escape, pero en mucho desórden; distinguian desde lejos á los ginetes sus casacas encarnadas, y al parecer tenian por objeto detenerse en el mismo campo en que estaban nuestros apurados duelistas, porque apenas llegaron á él los primeros caballos cuando se oyeron las voces de *alto*, repetidas y prolongadas por los gefes entremezclados con los demás

—Vamos á recibirlos que son los hombres de armas de la guardia del rey, dijo Fontrailles; los conozco en las escarapelas negras. Tambien veo con ellos muchos caballos lijaros; introduzcámonos en su confusion, porque pienso que vienen *traidos*.

Esta espresion es un término decoroso que

queria decir y significa todavia *derrotados* en lenguage militar. Todos cinco se adelantaron hácia aquella tropa animada y bulliciosa, y vieron que su conjetura era muy fundada. Pero en vez de la consternacion que era de esperar en semejante caso, se encontraron con jóvenes alegres y bulliciosos, y no oyeron mas que carcajadas de risa en las dos compañías.

—Pardiez, Cahuzac, decia uno, que tu caballo corria mas que el mio; creo que le has ejercitado en las cacerías del rey.

—Tu has llegado el primero para que nos rehiciesemos mas presto, respondia el otro.

—Creo que el marqués de Coislin está loco en hacernos cargar á cuatrocientos contra ocho regimientos españoles.

—Já! já! já! ¡Bonito tienes el penacho, Locmaria! parece un sauce lloron. Si seguimos de este modo, caminamos á nuestro entierro.

—Ya, señores, lo dije yo desde luego; estaba cierto de que se engañaba ese capuhino José, que en todo se mete, cuando nos di-

jo que cargásemos de parte del Cardenal. ¿Pero os hubiera gustado que los que tienen el honor de ser vuestros gefes se negasen á dar la carga?

—No, no, nó! respondieron todos aquellos jóvenes formándose otra vez rápidamente en fila.

—Yo he dicho que si os mandasen subir á caballo al asalto, lo hariais inmediatamente, repuso el anciano marqués de Coislin cuyos ojos conservaban todavia, á pesar de sus canas, todo el fuego de la juventud.

—Bravo, bravo! gritaron palmoteándo todos los hombres de armas.

—Pues, señor marqués, dijo Cinq-Mars acercándose, esta es la ocasion de cumplir lo que habeis prometido; yo solo soy un simple voluntario, pero hace un momento que estos caballeros y yo estamos examinando ese baluarte, y creo que pudiera lograrse el objeto.

—Caballero, ante todas cosas seria menester tentar el vado para.....

Una bala, procedente de la muralla de que se hablaba, atravesó en aquel instante la cabeza al anciano capitan.

—Loomaria, Demony, tomad el mando y al asalto, al asalto! gritaron las dos compañías nobles creyéndole muerto.

— Aguardad un momento, señores, dijo el anciano Coislin levantándose, que yo os conduciré á él si os place; guiadnos, señor voluntario, porque los españoles nos convidan á este baile, y es menester admitir el convite cortesanamente.

Apenas montó el viejo sobre otro caballo que le traia uno de sus criados, y sacó la espada, cuando, sin aguardar la voz de mando, toda aquella briosa juventud, precedida de Cinq-Mars y sus amigos, cuyos caballos eran impelidos hácia adelante por el movimiento de los escuadrones, se arrojó al pantano donde, con gran sorpresa suya y de los españoles que contaban demasiado con su hondura, los caballos no se zambulleron mas que hasta el jarrete, y á pesar de una descarga que hicieron á metralla las dos piezas de calibre mas grueso, llegaron todos revueltos á un reducido terreno de cesped que habia al pie de las medio arruinadas murallas. En el ardor del paso, Cinq-Mars, Fontrailles y el jóven

Locmaria, llegaron con sus caballos hasta el mismo parapeto; pero un vivo fuego de fusilería mató y echó por tierra á los tres corceles que rodaron con sus respectivos dueños.

—Pié á tierra, señores, gritó el anciano Coislin, y adelante con pistola y espada en mano; soltad los caballos.

Todos obedecieron con presteza, y acudieron á acometer en tropel la brecha.

Sin embargo, Thou á quien no habian abandonado su amistad ni su presencia de ánimo, no perdió de vista al jóven Enrique y le recibió en sus brazos, cuando cayó su caballo por tierra. Ayudóle á poner en pie, volvióle la espada que se le habia caido, y le dijo con gran sosiego á pesar de las balas que llovian sobre su cabeza.

—Amigo mio ¿nó es una ridiculez verme á mí en medio de esta tremolina con mi toga de consejero del parlamento?

—Pardiez! dijo Montresor llegando, ahí está el abate que os puede servir de modelo.

Efectivamente, el pequeño Gondi gritaba con toda la fuerza de sus pulmones empujando á los caballos ligeros: tres desafios

y un asalto. Espero que al cabo he de perder mi sotana!

Y al decir esto arremetía de punta y tajo contra un español de alta estatura.

No fué larga la defensa, los soldados castellanos no resistieron mucho tiempo el choque de los oficiales franceses, y ninguno de ellos tuvo tiempo ni resolucion de volver á cargar el arma.

—Señores, les contarémos esto á nuestras queridas en París, esclamó Locmaría tirando al aire su sombrero; y Cinq-Mars, Thou, Coislin, Demouy, Londiguy, oficiales de las compañías encarnadas, y todos aquellos jóvenes nobles, con la espada en la mano derecha y la pistola en la izquierda, empujándose, atropellándose y haciéndose con su precipitacion tanto daño á sí mismo, como á los enemigos, se esparcieron por último sobre la plataforma del baluarte, como el agua derramada de un vaso cuya abertura es demasiado estrecha sale á chorros fuera de él.

Desdeñándose de pensar siquiera en los soldados vencidos que se arrojaban á sus ródillas, los dejaron sueltos por el fuerte sin

cuidarse de desarmarlos, y empezaron á correr por su conquista como estudiantes en asueto, riéndose con muy buenas ganas cual si vinieran de una diversion.

Estábalos mirando con semblante sombrío un oficial español embozado en su capa.

—¿Qué casta de demonios es esta, Ambrosio? le decia á un soldado. Como ellos no los conocia yo antes en Francia, y si Luis XIII tiene todo su ejército compuesto de la misma gente, mucha bondad es la suya si no conquista la Europa.

—Yo no los creo muy numerosos; es menester que sea algun cuerpo de pobres aventurosos que no tienen nada que perder, y sí todo que ganar con el saqueo.

—Tienes razon, dijo el oficial; voy á procurar seducir á alguno para escarparme.

Y acercándose con despacio se llegó á un jóven caballero ligero, de algunos diez y ocho años, que estaba sentado aparte sobre el parapeto; su tez era blanca y sonrosada como la de una doncella; su delicada mano tenia un pañuelo bordado con que se limpiaba la frente, y su pelo de un rubio muy subido; es-

taba mirando la hora en un gran reloj redondo engastado en rubíes que llevaba atado á la cintura con un lazo de cintas.

Paróse el español sorprendido. Si no le hubiese visto echar por tierra á sus soldados, solo le habría creido capaz de cantar un romance, acostado en un lecho de plumas. Pero imbuido en las ideas de Ambrosio pensó que acaso habria robado aquellos objetos de lujo saqueando la habitacion de una mujer, y acercándosele sin ceremonia, le dijo:

—Hombre! yo soy un oficial; ¿quieres darme libertad y dejarme volver á ver mi tierra?

El jóven francés le miró con la dulzura propia de su edad, y le respondió acordándose de su familia:

—Caballero, voy á presentáros al marqués de Coislin que os concederá ambsegurente lo que solicitais; ¿vuestra familia es castellana ó aragonesa?

—Tu Coislin querrá luego pedirle permiso á otro, y me hará aguardar un año; te doy cuatro mil ducados, como me proporciones la huida.

Aquel semblante apacible, aquellas facciones infantiles se tiñeron de la púrpura de la ira; aquellos ojos azules despidieron centellas, y diciéndole: ¿A mí dinero? anda, majadero..... el mancebo descargó un fuerte bofeton sobre el carrillo del español. Este sacó sin titubear un largo puñal del pecho, y sujetando por el brazo al francés, creyó poder clavársele fácilmente en el corazon; pero diestro y vigoroso el adolescente, le agarró á su vez el brazo, y levantándole con fuerza sobre su cabeza, le volvió con el hierro contra la del español trémulo de cólera.

—Ea, ea! Oliverio despacio, Oliverio! gritaron acudiendo por todas partes sus compañeros: bastantes españoles hay por tierra.

Y desarmáron al oficial enemigo.

—¿Qué haremos con este desesperado? decia uno.

—Yo no le quisiera por ayuda de cámara respondia el otro.

—Merece ser ahorcado decia un tercero; á fé mia, señores, que no sabemos ahorcar; mandémosle á ese batallon de Suizos que pasa por el llano. Y aquel hombre tacitur-

no y sosegado, embozándose otra vez en su capa, echó á andar por su pie seguido de Ambrosio para incorporarse con el batallon, empujado por los hombros y aguijoneado por cinco ó seis de aquellos jóvenes calaveras.

Admirado entretanto de su triunfo el primer peloton de sitiadores, le habia seguido hasta el fin: Cinq-Mars habia dado la vuelta á todo el baluarte por consejo del anciano Coislin, y ambos vieron con sentimiento que estaba enteramente separado de la ciudad y que su victoria no podia llevarse adelante. Volvieron pues hácia la plataforma despacio y hablando entre sí á unirse con Thou y el abate Gondi á quienes encontraron riendo con los jóvenes ligeros.

— Teníamos de parte nuestra la religion y la justicia, y no podiamos menos de triunfar.

—¿Como que nó? pero verdaderamente han dado ambas tan récios golpes como nosotros.

—Callaron al acercarse Cinq-Mars y estuvieron un momento cuchicheándo y preguntándose su nombre; rodeáronle todos en

seguida, y le agarraron la mano con trasporte.

—Tienen Vds. razon, señores, dijo su antiguo capitan, es como decian nuestros padres *quien se ha señalado en la jórnada.* Es un voluntario que debe ser presentado hoy al rey por el Cardenal.

—Por el Cardenal ¡nosotros mismos le presentarémos. Ay! que no sea *Cardenalista*; (1) es demasiado bizarro para ello, decian con viveza todos aquellos jóvenes.

—Caballero, yo sabré disuadiros, dijo acercándose Oliverio de Entraigues, porque he sido page suyo, y le conozco muy bien. Servid mejor en las compañías encarnadas, y tendreis buenos compañeros.

—El anciano marqués ahorró á Cinq-Mars el embarazo de la repuesta mandando tocar las trompetas para reunir sus bizarras compañías. Habia cesado ya el ruido del cañon, y un guardia vino á avisarle que el

---

(1) La Francia y el ejército estaban divididos en realistas y cardenalistas.

rey y el Cardenal andaban recorriendo la línea para ver los resultados de la jornada. Entonces mandó introducir por la brecha á todos los caballos operacion que fué bastante larga, y formó en batalla á las dos compañías de á caballo en un sitio donde parecia imposible que hubiera podido penetrar otra tropa que la infantería.

CAPITULO X.

Las recompensas.

LA MUERTE.

¡Cómo corren á rienda suelta á recibir mis golpes esos guerreros ansiosos de botin! Tambores, pitos y trompetas, quitadles el conocimiento y encended en disparatada rábia todas sus potencias.

N. LEMERCIER, *PANHIPOCRISIADA.*

"Para apagar el primer movimiento del enfado del monarca, habia dicho Richelieu, para preparar una suma de emociones que distraigan del pesar á esa alma siempre in-

cierta, consiento en sitiar esta ciudad; que salga Luis; le permito asestar contra algunos infelices soldados los golpes que quisiera y no se atreve á darme. Quiero que esa sangre oscura aplaque su tímida cólera. Pero mis invariables planes no serán trastornados por este capricho de gloria, y la ciudad no sucumbirá, ni será francesa para siempre hasta dentro de dos años; solo caerá en mis redes el dia señalado en mi cabeza. Disparad, pues, cañones y morteros; meditad las operaciones, sábios capitanes; arrojáos á la muerte, jóvenes guerreros; yo haré que calle vuestro estrépito, que se desvanezcan vuestros planes, y aborten vuestros esfuerzos; todo se disipará como el humo, y voy á conduciros para extraviaros."

Estas ideas, y otras mas profundas todavia, rebullían en la cabeza calva del anciano Cardenal antes de empezar el ataque que se acaba de presenciar en parte. Habíase colocado á caballo sobre una de las montañas de Salces, hácia el norte de la ciudad, desde cuyo punto podia contemplar el llano del Rosellón, inclinándose hasta el Mediterráneo.

Perpiñán, con sus murallas de ladrillo, sus baluartes, su ciudadela y su campanario, formaba una masa óvala y sombría entre prados dilatados y floridos; y las vastas montañas que tenia en derredor se asemejaban con el valle á un inmenso arco, encorvado del norte al sur, cuya argentada cuerda parecia ser la mas prolongándo su línea blanquecina hácia el oriente. A su derecha está el gran monte llamado el Canigú, cuyos costados vierten dos rios en el llano; la línea francesa se prolongaba hasta el pie de esta barrera del occidente. Manteniánse á caballo detrás del ministro una porcion de generales y de grandes señores, pero á veinte pasos de distancia, y guardando todos un profundo silencio. Habia empezado Richelieu por recorrer muy lentamente la línea de operaciones, y dado luego la vuelta para pararse en aquella altura desde donde su vista y su pensamiento penetraban los destinos de sitiados y sitiadores. El ejército tenia fijos en él los ojos, y desde todas partes se le alcanzaba á ver. Todos los hombres de armas le miraban como su inmediato gefe, y aguardaban una señal suya pa-

ra entrar en movimiento. Hacía mucho tiempo que la Francia estaba sometida á su yugo, habiendo borrado la admiracion la ridiculez de que habrian ido acompañadas alguna vez las acciones de otro que se hubiese visto en su caso. A ninguno, por ejemplo, se le ocurrió hacer burla ni aun sorpresa de que un sacerdote vistiera coraza, y la severidad de su aspecto y condicion reprimió toda idea de comparacion irónica ó de injuriosas conjeturas sobre su persona. El Cardenal se presentó aquel dia en trage enteramente guerrero; consistia este en una casaca de color de hoja seca bordada de oro, una coraza de color de agua, una espada ceñida, pistolas en el arzon de la silla, y un sombrero con plumas que se ponia raras veces, pues llevaba siempre en la cabeza la birreta encarnada. Detrás de él iban dos pages; uno llevaba sus manoplas, el otro su saco, y el capitan de su guardia marchaba á su lado.

Como el rey le habia nombrado últimamente generalísimo de sus tropas, á él acudian los generales á pedir órdenes; pero como sabia demasiado bien los secretos moti-

vos de la cólera actual de su amo, procuró con arte mandar á este príncipe á todos cuantos querian saber de su boca alguna resolucion. Y sucedió lo que habia previsto; porque regulaba y calculaba los movimientos de aquel corazon como los de un reloj, y habria podido decir exactamente las sensaciones que habian pasado por él sucesivamente. Luis XIII acudió á colocarse á su lado, pero acudió como acude el discípulo adolescente obligado á confesar que su maestro tiene razon. Su gesto era altanero y descontentadizo, ásperas y secas sus palabras. El Cardenal se mantuvo impasible. Fué notable que el rey usaba al consultarle del tono de un superior, conciliando asi su flaqueza y su poder, su irresolucion y su altivez, su impericia y sus pretensiones, al paso que el ministro le dictaba sus leyes con el tono de la mas profunda obediencia.

—Quiero que se ataque luego, Cardenal, dijo al llegar el príncipe; es decir, añadió con negligencia, cuando esten hechos todos vuestros preparativos y lo hayais convenido con nuestros mariscales.

—Señor, si me es permitido dar mi parecer, diré que quisiera que V. M. tuviese á bien atacar dentro de un cuarto de hora, porque con el reloj en la mano basta este tiempo para mandar avanzar la tercera línea.

—Sí, sí, está bien, Cardenal, lo mismo pensaba yo, voy yo propio á dar las órdenes, porque quiero hacerlo todo por mí. Schomberg, Schomberg, quiero oir el cañonazo de señal dentro de un cuarto de hora, lo quiero yo.

Schomberg obedeció de paso que se dirijia á mandar la derecha del ejército, y la señal fue dada.

Las baterías preparadas hacía mucho tiempo por el mariscal de La-Meillerrie empezaron á batir la brecha, pero con flojedad, porque los artilleros conocian que dirigian los fuegos á dos puntos inespugnables, y con su experiencia, y especialmente con el despejo y rápida ojeada del soldado frances, cualquiera de ellos habria podido señalar el lugar que hubiera sido menester elegir.

La lentitud de los fuegos llamó la atencion del rey.

—La Meillerie, dijo con impaciencia, esas baterías no andan; vuestros artilleros se están durmiendo.

Estaban presentes el mariscal y los maestres de campo de la artillería, pero nadie respondió una sílaba. Habian vuelto la vista hácia el Cardenal que permanecia inmóvil como una estátua ecuestre, y siguieron su ejemplo. Habría sido preciso responder que no era culpa de los soldados, sino de quien habia dispuesto aquella mala colocacion de las baterías, y era el mismo Richelieu quien aparentando creerlas mas útiles donde estaban impuesto, habia silencio á las observaciones de los gefes.

Quedó el rey sorprendido de aquel silencio, y temiendo haber cometido en aquella pregunta algun error de bulto en el arte militar, se puso algo encarnado, y acercándose al grupo de príncipes que le acompañaban, les dijo para cobrar ánimo:

—Angulema, Beanfort ¿nó es verdad que es mucho fastidio este? Aqui estamos hechos unas mómias. Carlos de Valois se acercó y dijo:

—Parece, señor, que no se ha echado

ahora mano de las máquinas de guerra del ingeniero Pompée-Targon.

—Pardiez, dijo el duque de Beaufort mirando fijamente á Richelieu, que deseábamos mucho mas tomar á la Rochela que á Perpiñán, cuando vino ese italiano. Ahora no hay ni una máquina preparada, ni una mina abierta, ni se ha puesto un petardo en esas murallas, y el mariscal de Meilleraie me dijo esta mañana que habia propuesto hacer aproches para abrir trinchera. No eran el castillete, ni la media luna, ni esos seis grandes baluartes del recinto los que debian atacarse. Si vamos á este paso, el gran brazo de piedra de la ciudadela nos enseñará todavia el puño durante mucho tiempo.

Siempre inmóvil el Cardenal, no dijo una palabra siquiera, y solo le hizo una señal á Fabert para que se le acercase; este salió del grupo que le seguia y se colocó con su caballo detrás de Richelieu y cerca de su capitan de guardias.

El duque de la Roche-foucauld tomó la palabra acercándose al rey:

—Creo, señor, que nuestra poca actividad

para abrir brecha envalentona á esa gente, porque los sitiados hacen allí una fuerte salida que se dirije cabalmente hácia V. M.; los regimientos de Biron y de Pont se replegan haciendo sus disparos.

—Pues bien, dijo el rey sacando la espada, carguémoslos y hagamos volver á esos tunos á la plaza; arrojad conmigo la caballería, Angulema. ¿Dónde está, Cardenal?

—Detrás de esa colina hay, señor, seis regimientos de dragones y los carabineros de la Roque formados en columna; mirad allá abajo á mis hombres de armas y á mis caballos ligeros de que ruego á V. M. se sirva, porque los de su guardia se han descarriado en la vanguardia con el marqués de Coislin que siempre se deja arrastrar demasiado de su celo. José, vé á decirle que vuelva.

Y habló en voz baja al capuchino que le acompañaba aforrado en un trage militar que llevaba con muy poca maña, y este se adelantó al punto hácia el llano.

Sin embargo por la puerta de Nuestra Señora salian diversas columnas cerradas de aguerrida infantería española semejante á un bos-

que sombrío y movible; mientras que por otra puerta salia tambien una caballería gruesa é iba formándose en el llano. El ejército francés, formado en batalla al pié de la colina del Rey, sobre los fuertes de cesped y detrás de los reductos y faginas, vió con sobresalto á los hombres de armas y á los caballos ligeros entrechados entre estos dos cuerpos diez veces superiores en número.

—Tocad la carga, gritó Luis XIII, ó mi buen Coislin está perdido.

Y bajó la colina con toda su comitiva tan briosa como él; pero antes de que estuviese abajo y al frente de sus mosqueteros, las dos compañías habian tomado ya su partido; partieron con la rapidez del rayo á la voz de *¡viva el Rey!* Cayeron sobre la larga columna de caballería enemiga como dos milanos sobre el cuerpo de una serpiente, y haciendo un largo y sangriento boquete, pasaron por en medio para ir á replegarse detrás del baluarte español, como vimos antes, dejando tan sorprendida á la caballería enemiga, que solo pensó en volverse á formar, y no en perseguirlos.

El ejército aplaudió su resolucion; detúvose el rey admirado, y mirando en derredor suyo, leyó en todos los ojos el ardiente deseo del ataque; centelleó en los suyos todo el valor de su estirpe, y se quedó todavia suspenso un segundo escuchando embriagado el ruido del cañon, respirando y saboreando el olor de la pólvora, y pareciendo que le animaba otra vida y volvia á ser Borbon; todos los que entonces le vieron se creyeron mandados por otro hombre, cuando alzando la espada y la vista hácia el sol radiante, exclamó:

—Seguidme, briosos amigos! ¡aqui es donde soy rey de Francia!

Y su caballería echó andar desplegándose con un ardor que devoraba el espacio, y levantando nubes de polvo del terreno que hacía retemblar con sus pisadas, se encontró mezclada en un momento con la caballería española, envuelta con ella en un inmenso y móvil torbellino.

—Ahora, ahora es la nuestra, exclamó desde la altura el Cardenal con una voz de trueno; fuera esas baterías de su inútil posicion. Dad vuestras órdenes, Fabert; que

todas dirijan sus fuegos contra esa audaz salida; destrozad á esa infantería que va lentamente á envolver al rey. Corred, volad y salvad al monarca.

Entonces aquella comitiva, antes tan inmoble, se conmueve en todos sentidos, los generales dan sus órdenes, los edecanes desaparecen y caen sobre el llano, donde saltando fosos, barreras y empalizadas, llegan á su destino casi tan presto como el pensamiento que los dirije, y la ojeada que sigue sus movimientos. Los lentos é interrumpidos relámpagos que despedian las desalentadas baterías se vuelven de repente una inmensa y contínua llama, sin dar lugar al humo que se remonta al cielo formando un número infinito de ligeras y flotantes coronas; las descargas del cañon, que parecia un eco débil y lejano se vuelven un trueno formidable cuyos estallidos son tan rápidos como los golpes del tambor tocando la carga; mientras que los rayos prolongados y rojizos de las bocas de fuego descienden de tres partes distintas sobre las sombrías columnas que salian de la ciudad sitiada.

No obstante Richelieu, sin cambiar de sitio, pero echando lumbre por los ojos y haciéndose obedecer con el gesto, no dejaba de multiplicar las órdenes, arrojando á aquellos que las recibian una mirada que los hacia entreveer una sentencia de muerte si no obedecian con presteza.

— El rey ha arrollado esa caballería, pero los infantes se resisten todavia: nuestras baterías no han hecho mas que matar sin vencer. Adelante tres regimientos de infantería; presto, Gassion, la Meilleraie y Lesdigniéres, cojan á esas columnas por el flanco. Llevad al resto del ejército la órden de que no ataque ya y se mantenga quieto en toda la línea; un papel para escribirle á Schomberg.

Echó un page pié á tierra, y se adelantó trayendo lápiz y papel. El ministro, sostenido por cuatro hombres de su comitiva, se apeó del caballo con trabajo soltando involuntariamente algunos gritos que le arrancaban sus dolores, pero se hizo superior á ellos y se sentó sobre una cureña; el page puso su espalda para que le sirviese de atril, y el

Cardenal escribió apresuradamente esta orden que nos han trasmitido los manuscritos contemporáneos y que pudieran imitar los diplomáticos de nuestra época, los cuales ansian mas, á lo que parece, guardar un equilibrio perfecto entre dos opiniones y dos pensamientos, que indagar esas combinaciones que resuelven los destinos del mundo, pareciéndoles que el génio es demasiado claro y tosco para seguir su marcha.

"Sr. mariscal; no aventuréis nada, y antes de atacar pensadlo bien. Cuando se os dice que el rey desea que no aventureis nada, no es que S. M. os prohiba absolutamente que peleis, sino su intencion es que no empeñeis un combate general; á no ser con notable esperanza de triunfo por la ventaja que pudiera presentaros una situacion favorable de parte vuestra, debiendo caer naturalmente sobre vos la responsabilidad del combate."

Dadas todas las órdenes, el anciano ministro, sentado siempre sobre la cureña, apoyando sus dos brazos sobre el oido del cañon, y su barba sobre ellos en la actitud de un hombre que pone una pieza en punteria,

continuó mirando silencioso y pacífico el combate del rey, como un lobo viejo, que, harto ya de víctimas y entontecido ya con la edad, contempla el estrago que hace el leon en el llano entre una manada de bueyes que él no se atrevería á atacar; sus ojos se reaniman de vez en cuando, el olor de la sangre le causa agrado, y para no perder la aficion, pasa su ardiente lengua por su desguarnecida quijada.

Aquel dia notaron sus criados, (y lo eran casi todos los que se acercaban,) que desde que se levantó hasta por la noche no tomó ningun alimento, y que de tal modo aplicó la atencion de su alma á los acontecimientos que habia de dirijir, que triunfó de los dolores de su cuerpo y pareció haberlos destruido á fuerza de olvidarlos. Este poder de atencion, esta contínua presencia de ánimo, era lo que le ensalzaba casi hasta el genio; y hubiese llegado hasta él, si no hubiese estado privado de la natural elevacion del alma y de la sensibilidad generosa del corazon.

Todo se hizo como él quiso en el campo de batalla, y la fortuna le siguió del gabinete

á la tienda de campaña. Luis XIII tomó con manos codiciosas la victoria que le daba su ministro, y solo añadió á ella la parte de grandeza que comunica al triunfo la valentía de un hombre.

El cañon habia dejado ya de retumbar cuando las columnas de la infantería fueron rotas y rechazadas hasta dentro de Perpiñán; el resto habia tenido igual suerte, y ya no se vieron en el llano mas que los escuadrones centellcantes del rei que le seguian formándose ordenadamente.

Volvia este al paso, y contemplaba con satisfaccion el campo de batalla limpio enteramente de enemigos; pasó con altivez bajo el fuego mismo de las baterías españolas, que sea por torpeza, sea por un convenio secreto con el primer ministro, sea por pudor de matar á un rey de Francia, solo le dispararon algunas balas que pasando á diez pies sobre su cabeza, fueron á morir delante de las líneas del campamento y aumentar su justa reputacion de valiente.

Empero á cada paso que daba hácia la covacha en que le esperaba Richelieu, su fiso-

nomía cambiaba y se alteraba visiblemente; desaparecia de ella el calor del combate, y secábasele en la frente el noble sudor del triunfo. A medida que se acercaba, su acostumbrada palidez se iba esparciendo por sus facciones como si solo ella tuviese derecho de tomar posesion de una cabeza de rey; sus ojos habian perdido su transitorio fuego, y cuando estuvo ya por último junto al privado, una melancolía profunda habia marchitado enteramente su rostro. Encontró al Cardenal como le habia dejado; este que habia vuelto á montar á caballo, se inclinó con el frio respeto que solia, y despues de algunos cumplidos, se puso cerca de Luis para examinar las líneas y reconocer los resultados de la jornada; mientras que los príncipes y grandes señores, que iban delante y detrás á alguna distancia, formaban como una nube en derredor.

El hábil ministro tuvo cuidado de no decir nada, ni de hacer ningun gesto que pudiera infundir sospechas de que hubiese tenido la mas leve parte en los acontecimientos de aquel dia; y fue de notar que de todos

cuantos acudieron á dar cuenta, no hubo uno que no pareciese adivinar su pensamiento y no supiese huir de comprometer su oculto poder por medio de una evidencia demostrativa. Todo fue atribuido al rey. El Cardenal atravesó pues al lado de este príncipe la derecha del campo que no habia tenido á la vista desde la altura en que se habia colocado, y vió con satisfaccion que Schomberg, que le conocia muy bien, se habia conducido enteramente como le habia escrito el ministro, sin comprometer mas que algunas tropas ligeras, y combatiendo lo bastante para que no pudiera tachársele de inaccion, aunque no para obtener un resultado cualquiera. Esta conducta satisfizo mucho al ministro, y no desagradó al rey cuyo amor propio se lisonjeaba con la idea de haber vencido solo en aquella jornada. Quiso hasta persuadirse y dar á entender que todos los esfuerzos de Schomberg habian sido infructuosos y le dijo que no tenia nada que reprenderlo, que él propio acababa de esperimentar por sí que los enemigos no eran tan despreciables como se habia creido al principio.

—Para probaros que os habeis hecho mas meritorio á nuestros ojos, añadió, os nombramos caballero de nuestras órdenes, y os damos entrada pública y particular cerca de nuestra persona.

El Cardenal le apretó al pasar afectuosamente la mano, y admirado el mariscal de aquel diluvio de favores, siguió al príncipe con la cabeza baja como si fuera un reo, necesitando para consolarse traer á su memoria todas las acciones de lustre que habia hecho durante su carrera y estaban sepultadas en el olvido, y atribuyéndoles mentalmente aquellas recompensas no merecidas para reconciliarse con su conciencia.

El rey estaba ya para volverse, cuando el duque de Beaufort exclamó abriendo las narices y con aire pasmado:

—¿Tengo señor todavia deslumbrada la vista con el fuego, ó me ha vuelto loco alguna insolacion? Me parece que en aquel baluarte veo algunos ginetes con casacas encarnadas que se parecen desaforadamente á los caballos ligeros de V. M. que creíamos muertos.

El Cardenal frunció las cejas.

—Es imposible, dijo: la imprudencia de Mr. Coislin los ha perdido á ellos y á los hombres de armas de S. M.; este es el motivo porque hace poco me atreví á manifestar al rey que pudieran sacarse grandes ventajas, militarmente hablando, de la estincion de estos cuerpos inútiles.

—Pardiez que perdone vuestra Eminencia, repuso el duque de Beaufort; yo no me equivoco, porque aquí vienen siete ú ocho á pie conduciendo prisioneros.

—Pues bien, vamos á reconocer ese punto, dijo el rey con negligencia; y si encuentro en él á mi anciano Coislin, tendré una gran satisfaccion.

Y fue menester seguirle.

Muchas fueron las precauciones que el rey y su comitiva tomaron para pasar con sus caballos por entre los pantanos y ruinas del baluarte, pero no fué menos la sorpresa que todos esperimentaron al ver á las dos compañías encarnadas formadas en batalla sobre el baluarte como en un dia de parada.

—Vive Dios! esclamó Luis XIII, que creo que no falta uno! Vaya, marqués, cumplis

vuestra palabra, tomáis murallas á caballo.

—Creo que ha sido mal elegido este punto, dijo Richelieu con aire desdeñoso; no adelanta nada la toma de Perpiñán y ha debido costar gente.

—A fé mia que teneis razon, dijo el rey (dirigiendo por primera vez la palabra al Cardenal con alguna menos sequedad desde la entrevista que tuvieron ambos despues de recibida la noticia de la muerte de la reina), siento la sangre que habrá sido menester verter aquí.

—Señor, no ha habido mas que dos heridos de nuestros jóvenes en este ataque, dijo el anciano Coislin, y hemos ganado nuevos compañeros de armas en los voluntarios que nos han guiado.

—¿Quienes son? dijo el príncipe.

—Tres de ellos se han retirado con modestia, señor, pero el mas jóven que veis aqui fue el primero en el asalto, y me sugirió á la idea de él. Las dos compañías reclaman el honor de presentarle á V. M.

Cinq-Mars, que estaba á caballo detrás del anciano capitan, se quitó el sombrero y

descubrió su rostro pálido y juvenil, sus grandes ojos negros y sus largos cabellos rúbios.

—Esas facciones me recuerdan á alguno, dijo el rey; ¿qué decís vos, Cardenal?

Este habia ya echado una ojeada penetrante al recienvenido, y dijo:

—Mucho me engaño, ó este jóven es...

—Enrique de Effiat; dijo en voz alta el voluntario.

—¿Cómo pues? señor, es el mismo que yo anuncié á V. M., y que debia serle presentado por mí; el hijo segundo del mariscal.

—¡Oh! dijo con viveza Luis XIII, me agrada que le haya presentado ese baluarte. Tiene mucho mérito, hijo mio, esta presentacion cuando se tiene el nombre de un antiguo amigo nuestro. Vais á seguirnos al campamento, donde tenemos mucho que deciros; pero ¿qué veo? ¿vos aquí, caballero Thou? ¿á quién habeis venido á juzgar?

—Creo, señor, respondió Coislin, que mas bien ha sentenciado á muerte á algunos españoles, porque entró el segundo en el baluarte.

— Yo no he hecho daño á nadie, caballero, interrumpió Thou poniéndose encarnado; ese no es mi oficio y en todas partes me escuso de ejercerle; no tengo aquí mérito alguno, pues solo acompañaba á Mr. de Cinq-Mars, mi amigo.

— No estimamos menos vuestra modestia que vuestro valor, y no olvidarémos ese rasgo. Cardenal ¿nó hay alguna presidencia vacante?

Richelieu no era aficionado á Thou, y como sus ódios tenia siempre misterioso origen, en vano se procuraba adivinar la causa de este, la cual se descubrió por una cruel espresion que se le escapó en una ocasion. El motivo de su enemistad era un dicho de las historias del presidente Thou, padre del amigo de Cinq-Mars, en que infama á los ojos de la posteridad á un ascendiente del Cardenal, que empezó siendo religioso y acabó por ser apóstata y estar manchado con todos los vicios humanos.

Richelieu le dijo á José hablándole al oido: ya ves á ese hombre, aquel cuyo padre ha puesto mi nombre en su historia;

pues bien, yo pondré el suyo en la mia. Y efectivamente, mas tarde le escribió con letras de sangre. En aquel momento fingió no haber oido la pregunta del rey para no tener que responderle, insistiendo sobre el mérito de Cinq-Mars y el deseo que tenia de verle colocado en la corte.

—Desde luego os tengo prometido hacerle capitan de mis guardias, dijo el príncipe; hacedle estender el nombramiento mañana. Quiero conocerle mas y me reservo hacerlo en adelante mayores mercedes si me agrada. Retirémonos; el sol se ha puesto ya y estamos lejos de nuestro ejército. Decidles á mis dos buenas compañías que nos vengan siguiendo.

Luego que el ministro hubo dado esta órden teniendo el cuidado de callar el elogio, se colocó á la derecha del rey, y toda la escolta salió del bastion, que quedó encomendado á la custodia de los Suizos, para volverse al campamento.

Las dos compañías encarnadas desfilaron lentamente por el boquete que habian abierto con tanta presteza; su porte era grave y silencioso.

Cinq-Mars se acercó á su amigo.

—He aquí unos héroes mal premiados, le dijo; ¡ni una pregunta lisongera!

—En desquite, respondió el sencillo Thou, yo que he venido á este sitio algo á pesar mio, recibo grandes cumplidos. Tales son las cosas del mundo; pero allá arriba está el verdadero juez que nunca se engaña.

—Eso no obsta para que mañana nos espongámos otra vez á la muerte, si es menester, dijo riéndose el jóven Olivorio.

CAPITULO XI.

Las equivocaciones.

Llególe su turno á san Aquilino,
Y echando tres dados encima la mesa
Le dijo al Demonio con aire maligno:
Juguémos el alma de esta pobre vieja.

ANTIGUA LEYENDA.

Cinq-Mars se habia visto obligado para presentarse al rey á montar el caballo de uno de los caballos ligeros heridos durante la accion, por haber perdido el suyo al pie de la muralla. Durante el largo espacio de tiempo que necesitaron echar para salir las dos compañías, sintió que le tocaban por la espalda; y al volverse vió al anciano Grand-

champ que traía del diestro un caballo tordo de muy buena estampa.

—¿Tiene la bondad el señor marqués de montar un caballo que sea suyo? dijo. Le he puesto la silla y la mantilla de terciopelo bordada de oro que se habia quedado en el foso. ¡Válgame Dios! cuando pienso que un español habria podido muy bien agarrarla, ó aun un francés, porque en estos tiempos ¡hay tantas gentes que se apropian todo lo que encuentran como si fuera suyo! y luego, como dice el refran, lo que cae en el foso, es propiedad del soldado. Tambien hubieran podido aprovecharse, cuando pienso en esto, de cuatrocientos escudos de oro que el señor marqués, sea dicho sin malicia se habia dejado en las tapafundas de las pistolas. ¡Y qué pistotas! Yo fuí quien las compré en Alemania, y aquí están todavia tan buenas y tan corrientes como el primer dia. ¿No bastaba haber hecho morir al pobre caballito negro que habia nacido en Inglaterra tan cierto como yo soy de Tours en Turena, sino que se habian de exponer tantas preciosidades á caer en poder del enemigo?

El buen hombre acababa de ensillar el caballo tordo lamentándose de esta manera; la columna tardaba en desfilar, y retardando su faena, cuidó escrupulosamente de alargar las cinchas y arreglar las hebillas de la silla, dándose asi tiempo de continuar hablando.

—Perdonad, señor, si soy algo largo, porque me he lastimado algo este brazo al levantar á Mr. de Thou, quien levantó á su vez al señor marqués durante la zambra.

—¡Cómo! ¿viniste tú hasta allí, loco de viejo? dijo Cinq-Mars, ese no es oficio tuyo; ya te dije que te quedases en el campamento.

—Por lo que hace á eso de quedarse en el campamento, es otra cosa distinta; yo no puedo quedarme allí, y cuando disparan un mosquetazo, me pondria malo si no viera el fogonazo. Tampoco negaréis que mi oficio es tener cuidado de vuestros caballos, y vos estais montado, señor. ¿Creeis que si hubiese estado en mi mano, no hubiera salvado la vida á aquella pobre bestezuela negra que está sepultada en el foso? ¡Ah! ¡cuanto le

queria, señor un caballo que ha ganado tres premios de carrera durante su vida! Cuando pienso en ello, veo que esta vida ha sido sobrado corta para los que sabian tenerle afecto como yo. De nadie se dejaba echar avena mas que de su Grandchamp, y en aquel momento me acariciaba siempre con la cabeza; y la prueba es que un dia el pobrecillo me llevó la punta de la oreja izquierda, pero no porque quisiese hacerme mal, sino al contrario. Era menester ver como relinchaba de cólera cuando otro se le acercaba; un dia el buen animal le rompió la pierna á Juan por esto. ¡Cuanto le queria yo! asi cuando cayó, acudí á sostenerle con una mano, y al señor de Locmaria con la otra. Al principio creí que él y este caballero volverian á levantarse, pero desgraciadamente solo hubo uno que volviese á la vida, y este era el que yo menos conocia. Parece que os reís de lo que estoi diciendo de vuestro caballo; pero olvidais, señor, que el caballo es el alma del ginete en tiempo de guerra; sí señor, su alma. Porque, ¿qué es lo que le espanta á la infantería mas que el ca-

ballo? Seguramente no es el hombre quien luego que arremete no hace mas daño que un haz de heno. ¿Quién hace muchas de las acciones que excitan la admiracion? el caballo. Y algunas veces su amo se encuentra victorioso y premiado por distante que esté, mientras que el pobre animal no gana mas que porrazos. ¿Quién gana apuestas en las corridas? el caballo; el cual no cena nunca mas de lo regular, mientras que su amo tiene dinero en el bolsillo y es envidiado de sus amigos, y considerado por todos los señores, como si fuera él quien hubiese corrido: ¿Quién caza el corzo sin llevar á la boca el mas pequeño pedazo? ¡Tambien es el caballo! entretanto sucede algunas veces que suele ser él el comido; y en una campaña que hice con el señor mariscal, me sucedió... Pero ¿qué es lo que teneis, señor, marqués? Os vais poniendo descolorido....

—Apriétame con algo la pierna, con un pañuelo, una correa ó lo que quieras; porque siento en ella un dolor abrasador, no sé lo que es.

—Teneis la bota cortada, señor y pudie-

ra muy bien ser algun balazo; pero *el hombre y el plomo nacieron el uno amigo del otro.*

— No obstante me hace mucho daño!

— Ay ¡*quien bien te quiere te hará llorar*, señor; ay! el plomo ¡no hay que decir mal del plomo! ¿quien es el que.....

Entretenido el buen hombre en ligar la pierna de Cinq-Mars por bajo de la rodilla; iba á empezar una apología del plomo tan sándia como la del caballo, cuando se vió obligado á prestar atencion á un altercado acalorado y estrepitoso que traian entre sí varios soldados suizos que se habian quedado muy cerca de ellos despues de la marcha de todas las tropas; hablábanse accionando mucho, y parecian tratar de dos hombres que habia en medio de unos treinta soldados.

Effiat, alargando siempre el pie á su criado y apoyado sobre la silla de su caballo, procuraba con gran atencion comprender sus palabras; pero ignoraba enteramente el aleman y no pudo saber nada del motivo de su disputa. Grandchamp tenia siempre agarrada su bota, escuchaba tambien muy gravemente, y de repente se echó á reir con todas

sus ganas sujetándose los hijáres, cosa que nunca se le habia visto hacer.

—Já! já! já! ahí teneis, señor, á dos sargentos que disputan sobre cual deberá ahorcarse de los dos españoles que están allí, porque vuestros compañeros colorados no se han tomado el trabajo de decírselo; uno de los suizos dice que el oficial, y el otro asegura que el soldado, pero ahora acaba otro de ponerlos acordes.

—¿Y qué es lo que ha dicho?

—Que ahorquen á entrambos.

—¡Despacio con eso! esclamó Cinq-Mars procurando echar á andar; pero no pudo sostenerse sobre la pierna.

—Pónme á caballo, Grandchamp.

—Señor, no hagais tal; vuestra herida...

—Haz lo que te digo, y monta tu luego despues.

El viejo criado obedeció, aunque refunfuñando, y por órden imperiosa de su amo corrió á detener á los suizos que estaban ya en el llano preparándose para ahorcar de un árbol á los dos prisioneros, ó por mejor decir á dejar que se colgasen por sí mismos; porque el

oficial se habia echado ya él mismo con la calma propia de su enérgica nacion el lazo escurridizo de una soga en derredor del pescuezo, y subia sin que se lo rogasen por una pequeña escala arrimada al árbol para atar en él otro cabo de aquella. El soldado miraba á los suizos disputar en derredor suyo con la misma indiferencia, y sostenia la escala.

Cinq-Mars llegó á tiempo para salvarlos, declaró su nombre al sargento suizo, y tomando á Grandchamp por intérprete, dijo que aquellos dos prisioneros le pertenecian y que iba á mandarlos conducir á su tienda, que él era capitan de guardias y se hacia responsable de ellos. El aleman, obediente siempre á la disciplina, no se atrevió á replicar; solo hubo resistencia de parte del prisionero. El oficial, que estaba todavia subido en la escala, se volvió, y hablando desde allí como en un púlpito, dijo con una risa sardónica:

—Yo quisiera saber lo que vienes á hacer aquí. ¿Quién te ha dicho que yo quiero vivir?

—No me cuido de eso, dijo Cinq-Mars; poco me importa que hagáis despues lo que

os parezca, y solo quiero estorbar en este momento un acto que me parece cruel é injusto. Matáos luego si os dá gana.

—Muy bien dicho, repuso el torvo español, tú me gustas. Al principio creí que venias á hacerte el generoso para obligarme á ser reconocido, lo que yo aborrezco. En horabuena, consiento en bajar, pero te aborreceré lo mismo que antes, porque eres francés; te lo prevengo, y no te doy las gracias, porque no haces mas que pagarme: yo fuí quien estorbó esta mañana que te matase ese soldado cuando te apuntó con la escopeta, y nunca ha errado á un gamo en las montañas de Leon.

—Quedo enterado, dijo Cinq-Mars; bajad.

Era propio de su carácter conducirse siempre con los demás como se conducian con él, y aquella aspereza le volvió de hierro.

—Vaya un tunante altivo, señor, dijo Grandchamp; el señor mariscal le hubiera seguramente dejado en vuestro lugar sobre su escala. Vamos, Luis, Esteban, German, venid á custodiar y á conducir los prisioneros del amo. ¡Buena adquisicion hemos hecho

á fé mia! mucho será que esto nos salga bien.

Cinq-Mars, algo incomodado con el movimiento del caballo, emprendió su marcha bastante despacio para no dejar atrás á los de á pie, y siguió á lo lejos la columna de las compañías que se alejaban en pos del rey, pensando en lo que este príncipe le diria. Un rayo de esperanza le mostró entre celages la imagen de María de Mantua, y sus pensamientos reposaron un instante. Pero toda su suerte estaba encerrada en esta sola palabra: *agradar al rey*, y empezó á reflexionar sobre lo amargo que era vivir en tal situacion.

En aquel momento vió llegar á su amigo Thou, quien, inquieto de que se hubiese quedado atrás, le andaba buscando por el llano, y acudia en su socorro por si necesitaba de él.

—Es tarde, amigo mio, la noche se va acercando, te has detenido mucho tiempo, y he llegado á temer por tí. ¿Qué es lo que traes? ¿Por qué te has detenido? El rey va á preguntar por tí luego.

Tales eran las rápidas preguntas del jóven consejero, á quien el temor habia hecho sa-

lir de su acostumbrada calma, de que no pudo sacarle el combate mismo de aquel dia.

—Estaba algo herido, traigo un prisionero y estaba pensando en el rey. ¿Qué puede quererme, amigo mio? ¿Qué necesito hacer si quiere acercarme al trono? Será menester agradarle. Al pensar en esto, te lo confieso, estoi tentado por huir, y espero que no tendré el fatal humor de vivir cerca de él. ¡Agradar! ¡qué humillante es esta palabra! Obedecer no lo es tanto. Un soldado se expone á morir, y está dicho todo. ¡Cuánto artificio tiene que desplegar un cortesano! ¡Qué sacrificios tiene que hacer á su carácter, qué concesiones á su conciencia! ¡Cuánto tiene que degradar sus pensamientos y sus ideas! ¡Ay, Thou! ¡mi querido Thou! yo no he nacido para la corte, lo conozco, aunque no la he visto mas que un momento; el fondo de mi corazon tiene un no sé que de silvestre, y la educacion no ha hecho mas que limarle por la superficie. De lejos me creí capaz de vivir en este mundo omnipotente, y aun lo dessé inspirado de un plan muy querido á mi corazon, pero cejo al primer paso; la vista

del Cardenal me ha hecho estremecer; el recuerdo del último crímen que presencié suyo no me permitió hablarle; me horroriza, y nunca podré dirijirle la palabra. El favor del rey tiene tambien un no sé qué que me asusta, como si hubiera de serme funesto.

—Me alegro de que tengas ese terror que acaso te será provechoso, repuso Thou andando. Vas á entrar en contacto y en comunicacion con el poder; no le conocías, y estás para tocarle con las manos: así verás lo que es, y sabrás el brazo que lanza el rayo. ¡Ay! ¡Dios quiera que no te abrase á tí! Asistirás acaso á esos consejos en que se fija el destino de las naciones; verás nacer esos caprichos que engendran las guerras sangrientas, los tratados y las conquistas, y tendrás en la mano la gota de agua que produce los torrentes. Desde arriba es de donde se aprecia mejor las cosas humanas, amigo mio; es menester haber pasado por los puntos elevados para conocer la pequeñez de lo que nos parece grande.

—Si yo me viese en tal lugar, sacaría á lo menos esa leccion que dices, amigo mio; pe-

ro ese Cardenal, ese hombre á quien necesito estar reconocido, ese hombre á quien conozco demasiado por sus obras ¿qué será para mí?

—Un amigo, un protector seguramente, respondió Thou.

—¡Muera yo mil veces antes que ser su amigo! aborrezco todo su sér hasta su mismo nombre; ¿nó sabes que vierte la sangre de los hombres con la cruz del Redentor?

—¿Qué atrocidades estás diciendo, querido amigo? Mira que te pierdes, si das á entender al rey que el Cardenal te inspira esos sentimientos.

—No importa; entre todos los tortuosos senderos de la corte quiero seguir uno nuevo, la línea recta. Descubriré al rey todo mi modo de pensar, el dictámen de un hombre de bien, si me lo pregunta, aunque me cueste la cabeza. He visto por último á ese rey que tan débil me habian pintado; le he visto, y su aspecto me ha movido el corazon á pesar mio; seguramente es muy desgraciado, pero no puede ser cruel; daria pues oidos á la verdad.

—Sí, pero no se atrevería á hacerla triunfar, respondió el prudente Thou. Guárdate de esos arrebatos del alma que te arrastran muchas veces á declararte repentinamente en términos muy peligrosos para tí. No ataques á un coloso como Richelieu sin haber medido antes toda su altura.

—Ya empiezas como mi ayo, el buen abate Quillet; mi querido y prudente amigo, ni él ni tú me conoceis; no sabeis lo cansado que estoy conmigo mismo, y hasta donde llevo mis miras. Necesito elevarme ó perecer.

—¡Cómo! ambicioso yá! esclamó Thou con *estraña sorpresa.*

Su amigo reclinó la cabeza sobre sus manos soltando las riendas de su caballo, y no respondió nada.

—¡Cómo! ¡ya se apoderado de tí, Enrique, á los veinte años esa pasion egoista de la edad madura! La ambicion es la mas triste de las esperanzas.

—No obstante, ahora me tiene enteramente subyugado; solo vivo por ella, y por ella alienta mi corazon.

—¡Ay, Cinq-Mars, ya no te conozco!

¡Cuán diverso eras en otro tiempo! No lo disimulo, me parece muy inferior; en aquellos paseos de nuestra niñez en que la vida y particularmente la muerte de Sócrates nos arrancaban lágrimas de admiracion y de envidia; cuando elevándonos hasta lo mas ideal de la virtud, deseábamos padecer en nuestra vida una de esas desgracias ilustres, uno de esos infortunios sublimes que engrendan los grandes hombres; cuando soñábamos ocasiones de hacer alarde de nuestro rendimiento y sacrificio; si la voz de algun hombre hubiera pronunciado de repente entre ambos la sola palabra ambicion, hubiéramos creido pisar una serpiente.....

Thou hablaba con el calor del entusiásmo y de la reprension. Cinq-Mars continuaba andando sin responder nada y ocultando su cara con las manos; despues de un momento de silencio se las quitó y mostró sus ojos inundados en generosas lágrimas; apretó estrechamente la mano de su amigo, y le dijo con acento penetrante:

—Me recuerdas, Thou, los mas nobles pensamientos de mi primera juventud; creeme

que no he desmerecido de ellos, pero me devora una esperanza secreta que no puedo comunicar á nadie, ni aun á tí mismo; desprecio tanto como tú la ambicion de que estaré poseido aparentemente: toda la tierra me creerá ambicioso, pero ¿qué me importa la tierra? Por lo que hace á tí, noble amigo, prométeme que no dejarás de apreciarme, cualquiera que sea lo que veas hacer. Juro por el cielo que mis intenciones son tan puras como las tuyas.

—Pues yo tambien juro, dijo Thou, que te creo ciegamente; ¡me vuelves la vida!

Y todavia se estaban apretando la mano con enternecimiento, cuando echaron de ver que habian casi llegado ya en frente de la tienda del rey.

Habia oscurecido enteramente, pero hubiérase dicho que amanecia otro dia mas benigno al contemplar á la luna saliendo del mar en todo su esplendor; el trasparente cielo del mediodia no se cargaba de ninguna nube, y parecia un velo de un azul bajo sembrado de relucientes lentejuelas; el aire caloroso todavia no era egitado mas que por

alguna rara brisa del Mediterráneo, y ya habia cesado todo ruido sobre la tierra. El ejército descansaba de su fatiga durmiendo en las tiendas cuyos fuegos señalaban la línea, y la ciudad sitiada parecia envuelta en el mismo sueño; solo se alcanzaba á ver sobre las murallas el extremo de las armas de los centinelas que brillaban al resplandor de los rayos de la luna, ó el fuego errante de las rondas nocturnas; no oyéndose mas que las voces lúgubres y prolongadas que daban avisándose que no se durmiesen.

Unicamente velaban todos en derredor de la tienda del rey, pero á bastante distancia de él. Este príncipe habia mandado apartarse á toda su comitiva; paseaba solo por delante de su tienda, y parándose algunas veces á contemplar la hermosura del cielo, parecia hallarse entregado á una melancólica meditacion. Nadie se atrevia á interrumpirle, y los señores que quedaban en el cuartel real se habian acercado al Cardenal que estaba á veinte pasos del rey sentado sobre un cerrito de cesped que á guisa de banco habian preparado los soldados; allí se estaba enjugando el su-

dor de su pálido rostro, y fatigado de las zozobras de aquel dia y del peso no acostumbrado de la armadura, despidió con palabras pesurosas, pero siempre atentas y corteses, á los que venian á saludarle al tiempo de retirarse; ya no habia cerca de él mas que José, el cual estaba hablando con Laubardemont. El Cardenal miraba hácia donde estaba el rey por ver si este príncipe le dirigia la palabra antes de entrarse en su tienda, cuando se llegó á oir el ruido de los caballos de Cinq-Mars; los guardias del Cardenal le preguntaron quien era, y le dejaron adelantarse sin comitiva y acompañado solamente de Thou.

—Habeis llegado muy tarde, jóven, para hablar al rey, dijo con voz áspera el Cardenal-Duque; á S. M. no se le hace aguardar.

Los dos amigos iban á retirarse cuando se dejó oir la voz misma de Luis XIII. Este príncipe estaba en aquel momento en una de aquellas posiciones falsas que causaron la desgracia de toda su vida. Altamente irritado contra su ministro, pero sin ocultarse que le debia el buen éxito de la jornada de aquel dia, y teniendo intencion por otra parte de

ausentarse del ejército y suspender el sitio de Perpiñán, estaba perplejo entre el deseo de hablarle y el temor de aflojar en su descontento; el ministro por su parte no se atrevia á hablar el primero, dudoso de las ideas que rodarian por la cabeza de su amo, y temiendo no fuese aquella ocasion oportuna de hacerlo, aunque sin poder tampoco resolverse á retirarse. Ambos á dos estaban cabalmente en la situacion de dos amantes reñidos que quieren tener una explicacion; cuando el rey aprovechó gustoso la primera ocasion que se le ofreció para salir de ella.

La casualidad fué fatal al ministro; de esto dependen todos esos destinos que se llaman grandes.

—¿No es Mr. de Cinq-Mars? dijo el rey en voz alta; que venga yo le espero.

El jóven Effiat se acercó á caballo, y á algunos pasos del rey quiso echar pie á tierra: pero apenas tocó el cesped su pierna, cayó en el suelo de rodillas.

—Perdonad, señor, dijo, que creo encontrarme herido. Y la sangre le salió á chorros de por la bota.

Thou le habia visto caer y acercádose para sostenerle; Richelieu aprovechó aquella ocasion de aproximarse tambien con un celo aparente.

—Apartad ese espectáculo de la vista del rey; ¿*nó veis que ese jóven se muere?*

—De ninguna manera, dijo Luis sosteniéndole por sí mismo; un rey de Francia sabe ver morir, y no tiene miedo de la sangre que corre por su causa; este jóven me interesa; traspórtenle cerca de mi tienda y vayan á verle mis médicos; si su herida no es de mucha gravedad, vendrá á París conmigo, porque el sitio queda suspendido, Cardenal. Bastante tengo ya visto, y otros negocios me llaman al centro del reino: os dejaré aqui mandando en mi ausencia. Esto es lo que tenia que deciros.

Pronunciádas estas palabras, el rey se entró con presteza en su tienda, precedido de sus pages y oficiales de su casa que iban alumbrándole con hachones.

El pabellon real estaba cerrado y Thou se habia llevado ya á Cinq-Mars con la ayuda de sus criados, cuando Richelieu, atónito y

estático, miraba todavia el lugar en que habia pasado esta escena; parecia como herido de un rayo, y estaba incapaz de ver ni oir á los que le observaban.

Laubardemont, asustado aun del mal recibimiento que habia tenido la víspera, no se atrevia á decirle una palabra, y José apenas podia reconocer en él á su antiguo amo; pesóle un instante haberse entregado á él, y creyó que se eclipsaba su estrella; pero al pensar que era aborrecido de todos los hombres y que Richelieu era su solo recurso, le agarró por el brazo, y tirándole de él con fuerza le dijo á media voz, pero con aspereza:

—Vamos, monseñor, que sois un marica; venid conmigo.

Y como si le fuera apoyando con el codo, pero llevándole verdaderamente á la fuerza, le hizo entrar en su tienda con la ayuda de Laubardemont, como un maestro de escuela obliga á acostarse á un muchacho á quien teme le haga mal el relente de la noche. Aquel prematuro anciano siguió lentamente la voluntad de sus dos acólitos, y la púrpura del pavellon cayó detrás de los tres.

CAPITULO XII.

La Velada.

> Y el niño (¡porqué se ha de engañar á sus tiernos corazones!) recuerda azorado las fabulosas consejas que le contaba su nodriza sentada por la noche cerca del hogar, á la luz vagarosa de un candil tan propia para causar miedo.
>
> H. DE LATOUCHE, *el rey de los Chopos.*

Apenas entró el Cardenal en su tienda, se dejó caer, armado y encorazado todavia, en un gran sillón, y llevando entonces su pañuelo á la boca y mirando fijamente, permaneció en esta postura, dejando á sus dos abominables confidentes que adivinasen si era la meditacion ó el abatimiento lo que de aquella manera le tenia. Estaba mortalmente descolorido y su frente se hallaba empapada

en un sudor frio. Al tiempo de limpiarse con un movimiento que hizo de repente, dejó caer hácia atrás su birrete encarnado, única señal eclesiástica que conservaba, y volvió á reclinar la cabeza tapándose la boca con las manos. El capuchino por una parte con su hábito pardo, y el lúgubre magistrado por la otra con su trage negro, parecian al sacerdote y el escribano que asisten á un moribundo.

El religioso, sacando de lo interior de su pecho una voz que parecia mas propia para recitar el oficio de difuntos, que para consolar á nadie, fué sin embargo el que primero habló:

—Si Monseñor quiere acordarse de los consejos que le dí en Narbona, convendrá en que tuve un presentimiento justo de los pesares que algun dia le acarrearía ese mancebo.

El relator del consejo repuso: he sabido por aquel cura viejo y sordo que estuvo á comer en casa de la mariscala de Effiat, y que lo oyó todo, que este jóven Cinq-Mars manifestaba mas resolucion de la que se creía,

y que intentó librar al mariscal de Bassompierre. Todavia conservo la relacion circunstanciada del sordo que hizo muy bien su papel; el eminentísimo Cardenal debe estar contento de él.

—Ya he dicho yo á Monseñor, prosiguió luego José, (porque aquellos dos fieros sicarios del Cardenal alternaban sus discursos como los pastores de Virgilio), que convendria deshacerse de ese trasto de Effiat, y que yo me encargaría de ello, si lo tenia á bien; sería fácil perderle en el concepto del rey.

—Mas seguro sería hacerle morir de resultas de su herida, replicó Laubardemont, si su Eminencia tuviera la bondad de darme orden para ello; conozco con intimidad al médico segundo del rey que me curó de un golpe que recibí en la frente, y es quien le asiste. Es un hombre prudente, está enteramente á la devocion de monseñor el Cardenal-Duque, y el juego tiene algo embrollados sus asuntos.

—Me parece, repuso José con un tono de modestia entremezclado con alguna aspereza, que si su Eminencia necesitase echar mano

de alguno para un proyecto tan ventajoso, acudiría mas bien á su agente ordinario, que en otro tiempo ha sabido desplegar alguna destreza.

—Creo que podia enumerar algunas comisiones de bastante importancia, respondió Laubardemont, y muy recientes, cuya ejecucion era dificil.

—Oh! seguramente, dijo el padre con tono de respeto y cortesía, y haciendo una semi-inclinacion, el juicio de Urbano Grandier, el mágico, ha sido la comision mas atrevida y espinosa que hasta ahora habeis tenido. Pero pueden hacerse otras cosas tan buenas, y no menos dificiles con la ayuda de Dios. No deja, por ejemplo, de tener algun mérito, añadió bajando los ojos como una doncella, estirpar valerosamente á toda una rama de la familia real de Borbon.

—No era tan dificil, repuso con amargura el relator, buscar un soldado de guardias que matase al conde de Soissons; pero presidir, juzgar....

—Y ahorcarse á sí mismo, interrumpió el

capuchino, es verdaderamente menos difícil que criar á un hombre desde niño con la idea de ejecutar grandes cosas discretamente, y de que soportára, si fuera menester, todos los tormentos por amor del cielo antes que revelar el nombre de los que le han encomendado la segur de su justicia, ó morir animosamente sobre el cuerpo de aquel á quien se acaba de matar, como lo hizo aquel que yo envié; no soltó un grito al recibir la estocada de Riquemont, el caballerizo del príncipe, y murió como un santo: era mi discípulo.

—Una cosa es mandar, y otra correr peligros.

—Y no los corrí yo en el sitio de la Rochela?

—¿De ahogaros en un sumidero? dijo Laubardemont.

—Y los vuestros, replicó José, ¿fueron cogeros los dedos entre las cuerdas del tormento? y todo porque la abadesa de las Ursulinas es sobrina vuestra.

—Eso era bueno para vuestros hermanos de San Francisco que tenian los martillos; pero yo fuí herido en la frente por ese mis-

mo Cinq-Mars que iba guiando á un populacho desenfrenado.

—¿Estais seguro de eso? esclamó alborozado José; ¿és cierto que se atrevió á ir asi contra las órdenes del rey? El gozo que le causaba este descubrimiento le habia hecho olvidar su cólera.

—¡Impertinentes! esclamó el Cardenal rompiendo de repente el silencio y apartando de sus lábios el pañuelo manchado de sangre; yo castigaria vuestra encarnizada disputa, si no hubiese descubierto por ella muchos secretos infames que teníais encubiertos. Se han traspasado mis órdenes; yo no queria el tormento, Laubardemont; era inútil, y cometísteis otra nueva falta en aquella ocasion: vais á hacer que me aborrezcan por simplezas. Pero tú, José, no te descuides en recoger los pormenores de ese alboroto en que estuvo Cinq-Mars; esto podrá servir en adelante.

—Tengo los nombres y señas de todos, dijo con presteza el juez secreto, inclinando hasta el sitio su cuerpo colosal y su rostro enjuto y aceitunado en que se pintaba una risa servil.

—Está bien, está bien, dijo el ministro apartándole de sí; todavia no ha llegado este caso. Tú, José, está en París antes que llegue ese jóven presumido que estoy seguro va á ser favorito; hazte amigo suyo, saca partido de él para mis planes, ó piérdele; sirvame ó caiga. Pero, sobre todo, mándame diariamente personas de confianza que me den cuenta verbal de todo; nada de escritos en lo sucesivo. Estoy muy descontento contigo, José, ¿qué correo fuiste á escoger para que viniese de Colonia? No supo entenderme, vino á ver al rey sobrado presto, y esto nos acarreó una desgracia que nos es necesario conjurar.—Vas á presenciar lo que se va á hacer en París; no tardarán en preparar contra mí una conspiracion pero será la última. Yo me quedo aqui para dejarlos obrar con mas libertad. Marchâos ambos, y mandadme á mi ayuda de cámara dentro de dos horas; quiero ahora estar solo.

Todavia se oían los pasos de aquellos dos hombres, y Richelieu, con la vista fija en la entrada de su tienda, parecia perseguirlos con sus irritados ojos.

— Miserables! esclamó luego que se encontró solo; id á desempeñar todavia algunas comisiones secretas, y yo sabré quebraros despues, impuros resortes de mi poder. El rey sucumbirá en breve á la lenta enfermedad que le consume; entonces seré regente, seré en persona rey de Francia, y nada tendré que temer de los caprichos de su debilidad; aniquilaré para siempre las orgullosas familias de este pais; pasaré por ellas un nivel terrible, la varilla de Tarquino, me levantaré solo sobre todos, la Europa temblará, y.....

El sabor de la sangre de que se llenaba nuevamente su boca le obligó aquí á llevar á ella su pañuelo.

— ¡Ay! ¡qué estoy diciendo! ¡Infeliz de mi! ¡Estoy herido de muerte; me disuelvo vivo, la sangre se me derrama, y mi cabeza quiere trabajar todavia! ¿Y porqué? ¿Para quién? ¿por la gloria que es una palabra hueca? ¿Por los hombres á quienes desprecio? ¿Pues por quién trabajo yo que voy á morir antes de dos ó tres años acaso? ¿Será por Dios? ¡Qué nombre!.... pero yo no he caminado con él, todo lo ha visto....

Aqui dejó caer la cabeza sobre el pecho, y sus ojos encontraron la gran cruz de oro que llevaba al cuello; no pudo menos de echarse hácia atrás sobre el sillon, pero la cruz le seguia, y agarrándola entonces, se puso á contemplarla con ojos fijos y voraces. ¡Signo terrible! dijo en voz baja, tú me persigues! ¿Os encontraré todavia en otro sitio: divinidad y.... tormento? ¿Quién soy yó? ¿qué es lo que he hecho?...

Sobrecogióse por la primera vez de un terror singular y desconocido; acometióle un temblor que á la par le abrasaba y helaba las entrañas; no se atrevia á levantar los ojos, temiendo encontrar alguna vision espantosa, ni llamar á nadie de miedo de escuchar su propia voz; permaneció profundamente embebido en la meditacion de la eternidad tan terrible para él, y murmuró esta especie de oracion:

—¡Gran Dios! júzgame, si me oyes, pero no me apartes á un lado para juzgarme. Contémplame rodeado de los hombres de mi siglo, contempla la obra colosal que tenia emprendida; ¿nó era necesaria una palanca co-

losal tambien para mover estas masas? ¿Y tengo yo la culpa de que esta palanca aplaste al caer á algunos miserables que de nada sirven? Yo aparecerá un malvado á los ojos de los hombres, pero ¿me juzgarás tú como ellos, supremo juez? Nó; tú sabes que el poder limitado es lo que hace á la criatura culpable con la criatura; que no es Armando de Richelieu quien manda morir, sino el primer ministro. No lo hace por vengar sus agravios personales, sino por seguir un sistema; pero.... ¿qué quiere decir un sistema? ¿Me era lícito jugar de este modo con los hombres y mirarlos como números por realizar un pensamiento falso quizás? Yo estoy echando abajo el cerco que rodea al trono. ¡Y si minase sin saberlo sus cimientos y apresurase su caida! Sí, me ha deslumbrado mi efímero poder. O Dédalo! O flaqueza del humano pensamiento! ¿Por qué he abandonado tu camino, sencilla fé?.... ¡Si me atreviese á romper con el hombre y consagrarme á Dios! Todavia veria bajar en sueños la escala de Jacob.

En aquel momento llegó á sus oidos un

ruido estraordinario que hacian fuera de la tienda; entre las risas, juramentos y feroces rechiflas de los soldados, se escuchaba con bastantes intérvalos una voz clara y endeble; parecia el canto de un ángel interrumpido por risas de demonios. Levantóse Richelieu y abrió una especie de ventana de lienzo, abierta en uno de los costados de su tienda cuadrada. Vió entonces una escena singular, y estúvola contemplando un rato prestando atencion á las palabras que se decian.

—Escucha, Valor, decia un soldado á otro, mírala como vuelve á hablar y cantar; haz que la pongan en medio del corro, entre nosotros y la lumbre.

—¿No sabes que Grandferré dice que la conoce? decia otro.

—Sí, te digo que la conozco, y por S. Pedro de Loudun juraria que la he visto en mi pueblo cuando estaba con licencia, y en un lance en que habia mucho calor; pero no se puede hablar de esto á un cardenalista como tú.

—¿Y por qué no se ha de hablar, gazná-piro? repuso un soldado viejo enderezándose el bigote.

—Porque se quemaría uno la lengua. ¿Entiendes?

—No, no lo entiendo.

—Pues ni yo tampoco; pero me lo dijeron unos paisanos.

Aquí fué interrumpido por una carcajada general.

—Ah, majadero! decia uno. ¿Quién dá oidos á lo que dicen los paisanos?

—Buen tiempo pierdes si te paras á escucharlos, reponia otro.

—¿No sabes lo que decia mi madre, babieca? observaba con gravedad el mas viejo de todos, bajando los ojos con semblante fiero y solemne para hacerse oir.

—¿Como quieres que lo sepa, Cigarro? Tu madre debe haber muerto de vejez antes que mi abuelo viniera al mundo.

—Pues voy á decírtelo, babieca. Primeramente sabrás que mi madre era una respetable gitana, tan apegada al regimiento de carabineros de la Roque como mi perro *Cañon* que está allí; llevaba al cuello el barril del aguardiente, y lo bebia como el mas pintado de nosotros; habia tenido catorce

maridos, todos de tropa y muertos sobre el campo de batalla.

—Esto es lo que se llama una muger! interrumpiéron los soldados llenos de respeto.

—Y en su vida le habló á un paisano, como no fuera para decirle al llegar á los alojamientos: Enciéndeme la lumbre y caliéntame mi sopa.

—¿Pero qué es lo que decia tu madre? dijo Grandferré.

—Si tienes tanta prisa, babieca, no lo sabrás nunca; decia con frecuencia hablando: *Mas vale un perro que diez paisanos.*

—Bien! bien! muy bien dicho! gritáron los soldados llenos de entusiasmo al oir estas preciosas palabras.

—Y eso no quita, dijo Grandferré, que los paisanos que me dijeron que se abrasaba la lengua tuvieran razon; luego tampoco eran paisanos del todo, porque tenian espadas, y estaban coléricos, como yo, de que quemasen á un cura.

—¿Pues qué te se daba á tí de que quemasen al cura, nocenton? repuso un sargento apoyándose en la horquilla de su arcabuz

tras él embestir con otro, y si no alcanzaban, podrias haber escogido en su lugar uno de nuestros generales, que ahora todos son curas: yo que soy realista, lo digo francamente.

—Ea, calla, dijo Cigarro, y deja hablar á esta muchacha. Siempre son estos perros de realistas los que vienen á enredarnos cuando nos estamos divirtiendo.

—¿Qué es lo que dices? replicó Grandferré: ¿sabes tú siquiera lo que quiere decir realista?

—Sí, dijo Cigarro, á todos os conozco bien; mira, vosotros estais por los antiguos príncipes de la paz, como se llamaban ellos, y en favor de los andrajosos; contra el Cardenal y la gabela; ¿tengo razon?

—No la tienes, media colorada vieja; un realista es aquel que está por un rey; esto quiere decir. Y como mi padre era criado del halconero del rey, yo por el rey estoy, esto es. Y es muy natural que á mí no me gusten las medias coloradas.

—Ola! ¿me llamas media colorada? replicó el soldado; mañana por la mañana me darás cuenta de esto. Si tú hubieses hecho la

guerra en la Valtelina, no hablarías así. Y si hubieses visto á su Eminencia pasear por su dique de la Rochela con el viejo marqués de Spínola, mientras que llovian sobre él descargas de cañon, no dirias nada de las medias coloradas. ¿Estás?

— Vamos, divirtámonos en vez de reñir, dijeron los demas soldados.

Los bravos que tal coloquio traian estaban de pie alrededor de una grande hoguera que los alumbraba mas que la luna, á pesar de lo clara que estaba; en medio de ellos se encontraba el objeto que motivaba sus voces y era causa de que estuviesen allí en corro. El Cardenal vió una muchacha vestida de negro y cubierta con un gran velo blanco, sus pies estaban descalzos, y llevaba arrollada una tosca soga á su elegante cintura; caíale desde el cuello hasta los pies un largo rosario á cuyas cuentas daban vuelta sus manos delicadas y blancas como el marfil, haciéndolas girar con rapidez por entre sus dedos. Los soldados se divertian con bárbaro gozo en echarle al paso carboncitos encedidos para que se quemase los pies; el mas viejo de

ellos tomó la mecha humeante su arcabuz, y acercándose al vestido por bajo, le dijo con voz ronca:

— Vamos, loca, vuelve á comenzar tu historia, ó te lleno de pólvora y te hago volar como una mina; mira lo que haces, porque ya he jugado yo esta treta á otros que no eran tú en las antiguas guerras de los Hugonotes; vamos, canta.

La muchacha los miró con gravedad, no respondió nada, y se bajó el velo.

— Eres un torpe, dijo Grandferré con una risa báquica; tú no sabes el lenguage ameno de la corte, y vas á hacerla llorar; voy á hablarla yo. Y agarrandole la barba, le dijo:

— Corazonzito mio, si quisieras, chiquita, volver á comenzar la preciosita historia que estabas contando antes á estos caballeros, te rogaria navegases conmigo por el rio de la ternura, como dicen los grandes señores de Paris, y que tomases un vaso de aguardiente con tu fiel caballero, que te encontró en otro tiempo en Londun cuando representabas aquella comedia para quemar á un pobrecillo!..

La muchacha se cruzó los brazos, y mirando en torno de ella con semblante altivo, esclamó:

—Retiraos en nombre del Dios de los ejércitos, retiraos, hombres impuros: no hay nada de comun entre nosotros. Yo no entiendo vuestra lengua, ni vosotros la mia. Andad á vender vuestra sangre á los príncipes de la tierra á tantos óbolos diarios, y dejadme cumplir mi mision. Llevadme á ver al Cardenal...

—¿Piensas, dijo un carabinero de Maurevert, que su Eminencia el generalísimo te recibirá en su tienda con los pies descalzos? anda á lavartelos!

—El señor ha dicho; Jerusalen, levanta tu ropa y pasa los rios, respondió teniendo siempre los brazos cruzados. ¡Que me lleven á ver al Cardenal!

Richelieu gritó entonces en voz alta:

—Que me traigan esa muger, y dejénla en paz.

Nadie chistó, y la llevaron al ministro.

—¿Por qué, dijo al verle, me traen en presencia de un hombre armado?

Dejaréla sola con él sin darle respuesta. El Cardenal tenia el semblante rezeloso al mirarla.

— Señora, dijo ¿que haceis á esta hora en el campamento? ¿Por qué traeis los pies descalzos, si no habeis perdido la razon?

— Es un voto, un voto, respondió la jóven religiosa con tono impaciente, sentándose cercá de él sin ceremonia. He hecho tambien el de no comer hasta encontrar al hombre que busco.

— Hermana, dijo el Cardenal sorprendido y ablandado, acercándose á observarla; Dios no exige tales austeridades á un cuerpo endeble, y especialmente en una edad como la vuestra, porque me pareceis muy jóven.

— Jóven! Oh! si, yo era todavia muy jóven hace pocos dias; pero despues han pasado por mí dos vidas por lo menos, segun lo que he pensado y padecido: miradme la cara.

Y descubrió un rostro hermosísimo a que daban vida unos ojos negros muy bien hechos; sin ellos se hubiera creido que aquel

llas facciones eran de algun fantasma, segun lo pálido de él: sus labios estaban cárdenos y temblorosos, y sus dientes crujian estraordinariamente tiritando de frio.

—Vos estais mala, hermana, dijo conmovido el ministro, agarrandole la mano que estaba abrasando; una especie de costumbre de preguntar por su salud y la de los demas le hizo tomar el pulso á su enflaquecido brazo, y sintió sus arterias alteradas con los latidos de una horrorosa calentura.

—Pero, prosiguió con mas interés, vos os habeis acabado con austeridades superiores á las fuerzas humanas; yo siempre las he reprendido, y especialmente á una edad tan delicada. ¿Quien ha podido induciros á tal cosa? ¿Habeis venido acaso á confiarmelo á mi? Hablad con sosiego, y estad segura de ser socorrida.

—Confiar en los hombres! repuso la muchacha: oh! no, nunca. Todos ellos me han engañado, y no me fiaré de nadie, ni aun de M. de Cinq-Mars, el cual debe sin embargo morir pronto.

—Como? dijo Richelieu frunciendo las cejas, pero riendo amargamente; ¿conoceis á ese jóven? ¿Es él quien ha causado vuestra desgracia?

—Ay! no, él es muy bueno y aborrece á los malos, lo que causará su perdicion. Además, dijo tomando de repente un ademan áspero y silvestre, los hombres son débiles, y hay, cosas que deben ejecutar las mugeres. Débora se alzó cuando ya no habia valientes en Israel.

—¿Y como sabeis todas esas cosas? continuó el Cardenal, teniendole siempre agarrada la mano.

—Oh! yo no lo os puedo esplicar, respondió con patética candidez y en un tono muy dulce de voz, no me comprenderiais; el demonio es quien me lo ha enseñado todo y quien me ha perdido.

—Ay, hija mia! siempre es él quien nos pierde; pero nos advierte lo malo, dijo Richelieu con un tono paternal de proteccion y compadecido cada vez mas. ¿Cuales son vuestras culpas? decidmelas, que yo puedo mucho.

—Oh! dijo la religiosa con semblante dudoso, podeis mucho con los guerreros, con los hombres generosos y esforzados; debajo de vuestra coraza debe palpitar un pecho noble; sois un antiguo general que no sabeis nada de las astucias del crímen.

Sonrióse Richelieu; aquella equivocacion le lisonjeaba.

—He oido que preguntabais por el Cardenal ¿qué le quereis al cabo? ¿Qué habei venido á buscar?

Recogióse la religiosa, y puso un dedo sobre su frente.

—Ya no me acuerdo, dijo, me habeis hablado demasiado... He perdido la memoria de esta idea, una idea grande por cierto... Por ella me condené á sufrir el hambre que me devora, y es menester que la cumpla, yo voy á morir antes. Ah! dijo metiendose la mano en el pecho en que pareció tomar una cosa, aqui la teneis...

Sonrojóse de repente, abrió estraordinariamente los ojos, y en seguida prosiguió acercándose al oido del Cardenal.

—Voy á deciros cual es, escuchad: Ur-

bano Grandier; mi amante Urbano me ha dicho esta noche que era Richelieu quien le habia hecho morir; he cogido un cuchillo en una posada y vengo á matarle: decidme donde está.

El Cardenal retrocedió de horror, azorado y sorprendido. No se atrevia á llamar á sus guardias temiendo las voces y acusaciones de aquella muger: y sin embargo un arrebato de su locura podia llegar á serle fatal.

—¡Es posible que esta historia horrible me ha de perseguir por todas partes! esclamó mirandola fijamente y procurando adivinar el partido que debia tomar en aquella coyuntura.

Permanecieron en silencio uno en frente de otro y en la misma postura, como dos lidiadores que se contemplan antes de combatir, ó como el perro de presa y su víctima petrificados ambos por el poder de la mirada.

Entretanto Laubardemont y José habian salido juntos, y antes de separarse se hablaron un momento delante de la tienda del Cardenal, porque necesitaban engañarse recí-

procamente; su odio acababa de cobrar fuerzas con su disputa, y cada uno de ellos habia resuelto perder á su rival en el concepto de su amo comun. El juez fué quien empezó el diálogo que ambos tenian preparado y se agarraron del brazo como impelidos de un solo movimiento.

—¡Ay, reverendo padre! Cuanto he sentido que tomaseis, segun parece, á mal algunas chanzas insignificantes que os dí hace poco!

—¡Jesus! ¡no tal! querido señor, estoy muy distante de eso. ¿Pues que seria entonces de la caridad? Algunas veces me dejo llevar de un santo celo en la conversacion, cuando se toca al bien del estado y de Monseñor, á cuya devocion estoy enteramente.

—¿Quién lo sabe mejor que yo, reverendo padre? pero vos me haceis justicia, pues sabeis tambien lo apegado que estoy al eminentísimo Cardenal-Duque á quien se lo debo todo. ¡Ay de mí! demasiado celo he desplegado por servirse, cuando me lo echa en cara.

—Sosegaos, dijo José, que no lo lleva á

mal; le conozco yo mucho, y sé que no estraña que se haga algo por la propia familia; él es tambien muy buen pariente.

—Sí! eso es lo que me ha sucedido á mí, repuso Laubardemont; mi sobrina estaba perdida enteramente con el convento si Urbano hubiese vencido, y vos conoceis esto lo mismo que yo; con tanto mas motivo cuanto que no nos comprendió bien, é hizo la niña cuando fué menester salir á la palestra.

—¡Es posible! ¡Y en audiencia plena! Siento verdaderamente por vos lo que me estais diciendo. ¡Que pesado debió de ser el lance!

—Mas de lo que os podeis figurar. Se olvidaba de todo lo que le decian en el endiablamiento, cometia mil faltas de latin que compusimos lo mejor que se pudo, y aun dió lugar á una escena desagradable el dia de la causa, muy desagradable para mí y para los jueces, desmayo, voces... Júroos que le hubiera echado una buena reprimenda, si no me hubiese visto obligado á salir precipitadamente de la pequeña ciudad de Loudun. Pero considerad que es muy natural que esto me diese que sentir siendo mi parienta mas

cercana; porque mi hijo ha tomado un mal camino, y hace cuatro años que no se sabe lo que se ha hecho de él. ¡Pobre Juana de Belfiel! yo solo la habia metido religiosa y héchola despues abadesa por dejar toda mi hacienda á aquel perillan. Si hubiera yo previsto la conducta que habia de observar, la hubiera destinado al mundo.

—Dicen que es hermosísima, repuso José; es un don muy precioso para cualquier familia, porque habria podido ser presentada en la corte, y el rey... Ah!... la señorita de La Fayette ó la señorita Hautefort... ya me entendeis... aun podria acaso pensarse en esto.

—Oh! cuan agradecido os estoy, monseñor... porque ya sé que os han hecho cardenal. ¡Que bondadoso sois en acordaros del mas sincero de vuestros amigos!...

Laubardemont seguia hablando aun á José, cuando se encontraron al fin de la calle del campamento que conducia al cuartel de los voluntarios.

—Dios y su santa madre os protejan durante mi ausencia! dijo José deteniéndose

mañana voy á marchar á Paris, y como tendré que habérmelas mas de una vez con este trasto de Cinq-Mars, voy antes á verle y á saber como sigue de su herida.

—Si me hubiera dado oidos, dijo Laubardemont, no tendriais ahora que tomaros tal trabajo.

—¡Ay de mí! ¡cuanta razon llevabais! respondió José arrojando un profundo suspiro y levantando los ojos al cielo; pero el Cardenal es ya otro hombre, no toma una resolucion acertada, y si sigue de este modo, nos perderá sin remedio.

Y haciendo al juez una profunda reverencia, el capuchino tomó el camino que habia indicado.

Siguióle algun tiempo con la vista Laubardemont, y cuando se certificó bien del camino que habia tomado, volvió, ó por mejor decir voló á la tienda del ministro. El Cardenal le manda fuera, habia dicho entre sí; luego está disgustado de él. Yo sé muchos secretos que pueden perderle; añadiré que ha ido á hacer la corte al futuro favorito, y sucederé á este fraile en el favor

del ministro. El momento es propicio, pues son las doce de la noche y todavia estará solos una hora y media. Corramos. Y llegó á la tienda de los guardias que estaba delante del pabellon.

—Monseñor tiene visita, dijo titubeando el capitan, no se puede entrar.

—No importa, ya me habeis visto salir hace una hora; suceden cosas de que necesito dar cuenta.

—Entrad, Laubardemont, gritó desde adentro el ministro, entrad presto y solo.

Y entró. El Cardenal, siempre sentado, tenia agarradas las dos manos de una religiosa con una suya, y con la otra hizo señal á su agente, de que guardase silencio. Este se quedó atònito y sin movimiento, no habiendo visto todavia el rostro de aquella muger, la cual hablaba con volubilidad, y las estraordinarias cosas que decia formaban un horrible contraste con la dulzura de su voz; ¡Richelieu parecia conmovido.

—Sí, le heriré con un cuchillo; me lo ha dado el demonio Beherit en la posada, pero es el clavo de Sisara. Mirad, tiene un

mango de marfil, y he llorado mucho sobre él. No es una cosa singular, mi general?... Le hincaré en la garganta de aquel que ha asesinado á mi amigo, y luego quemaré su cuerpo; le aplicaré la pena del Talion, la pena que Dios permitió á Adan... Pareceis sorprendido, mi valiente general... pues mucho mas os sorprenderiais si os dijese su cancion... la que me cantó ayer noche cuando vino á verme á la hora en que se encendió la hoguera ¿comprendeis?... la hora en que llueve, la hora en que mis manos empiezan á abrasarse como ahora. Me ha dicho: se equivocaron mucho los magistrados encar-. nados... tengo á mis órdenes once demonios, y vuelvo á verte cuando suena la campana, debajo de un dosel de terciopelo encarnado con teas, teas de resina que nos dan luz, ¡ay qué hermosísimo está aquello! Oid, oid como canta!

Y empezó entonces la infeliz á cantar en el tono de *De profundis:*

«Príncipe voy á ser del infierno; un mar «tillo de hierro es mi cetro, un pino ar«diendo mi trono, y mis vestiduras son he-

«chas todas de azufre. Mañana voy á des-
«posarme contigo, damo la mano de esposa.»

—¿No es esto singularísimo, mi buen general? y yo le respondo todas las noches; oidlo atentamente, oid...

«El juez habló una noche, y me llevaron
«á la sepultura. Yo era antes esposa tuya...
«La lluvia es fria y continuada, ven... No
«dormirás solo, que yo te cederé mi ataud.»

Y luego habla, habla como los espíritus y los profetas y dice: Infeliz! infeliz de quien haya derramado sangre! ¿Son dioses por ventura los hombres de la tierra? No, son hombres que encanecen y sufren, y á pesar de eso se atreven á decir: quitad la vida á ese hombre! — La pena de muerte! La pena de muerte! Quién ha dado al hombre derecho para aplicarla á otro hombre? ¿Es acaso el número dos?... solo uno seria asesino, pero cuenta bien, uno, dos, tres... Mira que justos y cuerdos son esos malvados, graves y asalariados! O crímen! O horror del cielo! Si los vieses como yo desde arriba, ¡cuanto mas descolorida estarias, Juana! La carne destruyendo la carne! La carne que

de sangre se alimenta haciendo correr sangre sin cólera y con frialdad! asemejarse al Dios creador!

Las voces que daba la infeliz doncella al pronunciar con rapidez estas palabras asustaron de tal modo á Richelieu y Laubardemont, que permanecieron inmóviles durante mucho tiempo. Sin embargo el delirio y la calentura de la religiosa iban siempre en aumento.

—Temblaron los jueces, me dijo Urbano Grandier, tiemblan de haberse equivocado? Estan discutiendo la muerte del justo. —El tormento —Aprietan sus miembros con cuerdas para hacerle hablar, su pellejo se abre, se despedaza y arrolla como un pergamino; sus nervios se descubren, ensangrentados y lustrosos, sus huesos rechinan, y sueltan la médula... Pero los jueces estan dormidos soñando placer y contento. ¡Qué caliente está el salon! dice uno de ellos al despertarse. ¿Se acabó por fin el tormento? —Y al cabo le otorga la muerte, lleno de misericordia. ¡La muerte! ¡el único temor que tienen los vivos! ¡la muerte! ¡ese mundo desconocido

á donde arroja un alma enojada que le espere allí! Ay! ¿no ha visto nunca este pais de venganza? ¿No le ha visto nunca antes de dormirse, impudente prevaricador?

Debilitado ya el Cardenal con la calentura, el cansancio y el pesar que le devoraba, esclamó sobrecogido de horror y de compasion.

—Ay! demos fin á esta escena horrible por amor de Dios; llevaos esa muger, que está loca!

La demente se volvió entonces, y soltando de repente un grito:

—Ay! el juez, el juez... dijo al reconocer á Laubardemont.

Este, juntando las manos y humillándose delante del ministro, decia amedrentado:

—Ay de mí! perdonad, monseñor, es una sobrina mia que ha perdido el juicio; yo ignoraba esta desgracia, sin lo cual ya estaria encerrada hace mucho tiempo. Juana, Juana... vamos, señora, arrodillaos y pedid perdon á monseñor el Cardenal duque...

—¡Con que es Richelieu! esclamó la muchacha, y la sorpresa pareció haber dejado

totalmente paralítica á aquella jóven y desgraciada hermosura; el rubor de que estaba animada al principio fue reemplazado por una palidez mortal, sus voces lo fueron por un silencio impasible, y á sus miradas distraidas sucedió un mirar fijo y terrible de sus grandes ojos, constantemente clavados sobre el contristado ministro.

—Llevaos presto esa desgraciada jóven, dijo éste fuera de sí, está espirando y yo tambien lo estoy; son tantos los horrores que me persiguen despues de esta sentencia, que creo que todo el infierno se ha desencadenado contra mí.

Y se levantó hablando. Juana de Belfiel, siempre silenciosa y asombrada, con los ojos huraños, la boca abierta y la cabza inclinada hácia adelante, estaba abrumada bajo el peso de su doble sorpresa, la que parecia haber consumido las fuerzas que le quedaban y estinguido el resto de su razon. Al movimiento que hizo el Cardenal se asustó de encontrarse entre él y Laubardemont; miróles á ambos alternativamente, soltó el cuchillo que tenia en la mano, y se retiró poco á po-

co hácia la salida de la tienda, tapándose enteramente con el velo y volviendo atrás con terror sus ojos distraidos sobre su tio que la seguia, como una oveja asustada que siente ya sobre su lomo el abrasado aliento del lobo que está próximo á devorarla.

En esta disposicion salieron ambos á dos de la tienda, y apenas se vió el juez al aire libre, agarró furioso las manos de su víctima, las ató con un pañuelo y se la llevó tras sí sin dificultad, porque no soltó ni un grito ni un suspiro, sino que siguió andando con la cabeza inclinada siempre sobre el pecho y como sepultada en un profundo sonambulismo.

CAPITULO XIII.

El Español.

> ¡Qué dulce es poseer un verdadero amigo! Él sabe buscar nuestros secretos en lo íntimo de nuestro pecho, ahorrándonos la verguenza de que los descubramos nosotros mismos.
>
> LA FONTAINE.

Entre tanto ocurría una escena de diversa naturaleza bajo la tienda del Cinq-Mars; las palabras del rey, bálsamo primero de sus heridas, fueron seguidas de los cuidados solícitos de los cirujanos de la corte; una bala muerta que le fue estraída sin dificultad era la sola causa de su accidente: podia pues ponerse en viaje, y todo estaba dispuesto para verificarlo. El enfermo habia estado recibiendo amistosas y atentas visitas; unas de

las primeras fueron las de Gondi y Fontrailles, que se preparaban tambien á marchar de Perpiñan á Paris; el antigno page Oliverio de Entraignes se habia unido á ellos para dar el parabien al dichoso voluntario á quien el rey parecia haber distinguido entre los demas; como la acostumbrada frialdad del rey con los que andaban en derredor suyo persuadió á cuantos tuvieron noticia de las pochas palabras que habia dicho á Cinq-Mars de que eran síntomas ciertos de un alto favor, todos habian acudido á felicitarle.

Por fin se encontraba solo en su catre de campaña; Thou que estaba á su lado le tenia agarrada la mano, y Grandchamp, sentado á sus pies, refunfuñaba todavía por todas las visitas que habian venido á molestar á su amo herido y en vísperas de emprender un viaje largo. Por lo que hace á Cinq-Mars, gozaba por último de uno de aquellos momentos de sosiego y esperanza que vienen en cierto modo á refrescar el alma al mismo tiempo que la sangre; la mano que dejaba libre su amigo apretaba en secreto la cruz de oro que llevaba al pecho, aguardando la

mano adorada que se la habia dado y que en breve iba á apretar tambien. No escuchaba mas que con los ojos y la sonrisa de su boca los consejos del jóven magistrado, y soñaba en el término de su viaje que era tambien el de su vida. El grave Thou le decia con voz plácida y apacible:

—Pronto te seguiré á Paris. Estoy mas contento que tú de que el rey te lleve consigo; esto es un principio de amistad de que es menester sacar partido, tienes razon. He reflexionado profundamente sobre las causas secretas de tu ambicion, y creo haber adivinado tu corazon. Sí, ese sentimiento de amor á la Francia, que le hacia palpitar en tu primera juventud, ha debido cobrar mayores fuerzas; quieres acercarte al rey para servir á tu pais, para realizar esos dorados sueños de tu juventud. Seguramente, el pensamiento es grande y digno de tí. Yo te admiro y me inclino en tu presencia. Presentarse al rey con el rendimiento caballeresco de nuestros padres, con un corazon lleno de candidez y dispuesto á todos los sacrificios; ser el confidente de los secretos de su alma,

derramar en la suya los de sus súbditos, templar los pesares del rey diciéndole la confianza que en él tiene su pueblo; cicatrizar las llagas de este decubriéndolas á su señor, y restablecer asi por el intermedio de tu favor esa comunicacion de amor de un padre con sus hijos que fue interrumpida hace diez y ocho años por un hombre de corazon de piedra, esponerse por tan noble empresa á todos los horrores de su venganza, y mucho mas todavía, arrostrar las pérfidas calumnias que persiguen á los privados hasta en los escalones del trono: este sueño era digno de tí. Prosigue, amigo mio, y no pierdas nunca el ánimo; habla abiertamente al rey del mérito y de las desgracias de sus mas ilustres amigos á quienes se va derribando; díle sin miedo que su antigua nobleza no ha conspirado nunca contra él; y que desde el jóven Montmorency hasta el amable conde de Soissons, todos han atacado al ministro, nunca al monarca; díle que las antiguas familias de Francia han nacido al tiempo que la suya, que con descargar sobre ellas sus golpes pone en conmocion á toda la

nacion, y que si las estingue, la suya se resentirá de ello, porque se quedará sola y espuesta á los embates del tiempo y de las cosas, como una añeja encina se estremece y bambolea con los vientos de la llanura, cuando se ha arrancado el bosque que la rodeaba y sostenia. —Sí, esclamó Thou animándose, este fin es noble y grandioso; anda tu camino con paso inalterable, desecha tambien esa vergüenza secreta, ese pudor que siente un alma noble antes de resolverse á adular y hacer lo que el mundo llama la *corte*. ¡Ay! los reyes estan acostumbrados á *esas palabras contínuas de falsa admiracion* á sus personas: considéralas como una lengua nueva que es necesario aprender, lengua bien agena de tus labios hasta ahora, pero que se puede hablar con nobleza, creemé, y en que pueden espresarse bellos y generosos pensamientos.

Durante el discurso entusiasta de su amigo, Cinq-Mars no pudo menos de sonrojarse repentinamente, y volvió la cara sobre la almohada hácia el otro lado, de manera que no pudiese ser visto.

—Qué tienes, Enrique? no me respondes; ¿me habré yo acaso equivocado?

Cinq-Mars suspiró profundamente, y guardó todavía silencio.

—¿No está conmovido tu corazon con estas ideas de que yo creía estarias poseido?

El herido miró á su amigo con menos turbacion, y le dijo:

—Yo creía, querido Thou, que no debias preguntarme mas, y que querias hacer ciega confianza de mí. ¡Qué mal genio te arrastra asi á sondear mi alma! Yo no desecho esas ideas que te dominan. ¿Quién te dice que yo no las he concebido? ¿Quién te dice que no he formado la firme resolucion de llevarlas mas lejos en los hechos de lo que tú te atreverias á hacerlo en tus palabras? El amor á la Francia, el virtuoso ódio al ambicioso cruel que la tiene oprimida y quiebra sus antiguas costumbres con el hacha del verdugo, la firme creencia de que la virtud puede ser tan diestra como el crímen, tales son mis dioses, los mismos que los tuyos. Pero cuando ves un hombre arrodillado en una iglesia ¿le preguntas qué santo ó ángel pro-

tege y recibe su oracion? ¿Qué te importa, con tal que ore á los pies de los altares que tu adoras, con tal que sucumba alli como un mártir si es necesario? Cuando nuestros padres se encaminaban al Santo Sepulcro con el bordon en la mano y los pies descalzos ¿se averiguaba el voto secreto que los conducia á la Tierra Santa? Herian, morian, y los hombres y acaso Dios mismo no preguntaban mas; el piadoso capitan que los guiaba no hacia desnudar su cuerpo por ver si la cruz roja y el cilicio no cubrian algun otro signo misterioso; y, seguramente, en el cielo no eran juzgados con mas severidad por haber fortalecido su resolucion en la tierra con alguna esperanza permitida al cristiano, con algun otro pensamiento secreto, mas humano y mas inmediato á su corazon mortal.

Sonrióse y sonrojóse Thou lijeramente bajando los ojos.

— Amigo mio, repuso con gravedad, esa agitacion puede hacerte daño; no prosigamos esta conversacion, ni mezclemos á Dios y al Cielo en ella porque esto no es bueno;

tápate la espalda con la ropa, que esta noche hace frio. Te prometo añadió, tapando al jóven enfermo con maternal interés, te prometo no volver á enfadarte mas con mis consejos...

Oh! esclamó Cinq-Mars, á pesar de la prohibicion de hablar, yo te juro por esta cruz de oro que ves y santa Maria, morir antes que renunciar á ese mismo plan que tu has trazado el primero; quizás te verás precisado algun dia á rogarme que me detenga, pero ya no será tiempo.

— Está bien, está bien, duerme, repitió el consejero; si no te detienes, te seguiré á cualquiera parte que me conduzcas.

Y sacando del bolsillo un libro de oraciones, se puso á leerle con atencion; al cabo de un instante miró á Cinq-Mars que todavia no estaba dormido, y entonces hizo una seña á Grandchamp para que pusiese la luz en otro sitio y no molestase la vista del enfermo; pero no produjo mejor efecto este nuevo cuidado suyo, porque Enrique seguía siempre con los ojos abiertos y dando vueltas sobre su estrecha cama.

—Vamos, no sosiegas, dijo Thou sonriéndose, voy á hacer alguna lectura devota que te tranquilice el ánima. Ay amigo! aqui está la verdadera tranquilidad, en este libro consolador, porque por cualquier sitio que le abras siempre encontrarás por una parte al hombre en el único estado acomodado á su debilidad, la oracion y la incertidumbre de su destino, y por la otra, á Dios hablándole tambien de sus flaquezas: ¡qué magnífico y celestial espectáculo! ¡que vínculo sublime entre el cielo y la tierra! la vida, la muerte y la eternidad están juntas: ábrele á la ventura.

—Ay, sí! dijo Cinq-Mars, levantandose todavia con una viveza que tenia algo de infantil, yo le quiero abrir, dejamele; ¿no sabes la antigua tradicion de nuestro pais? Cuando se abre un libro de misa con una espada, la primera página que se encuentra á la izquierda señala la estrella de aquel que le lee, y el que entra primero cuando ha acabado debe influir mucho sobre la suerte futura del lector.

—¡Que niñada! pero convengo en ello.

Aqui tienes tu espada; toma la punta.. veamos...

— Dejame leer á mí, dijo Cinq-Mars tomando desde la orilla de la cama un costado del libro; el anciano Grandchamp acercó con gravedad su rostro aceitunado y sus cabellos canos al pie de la cama para oir. Su amo leyó... interrumpiendose á la primera palabra; pero con una sonrisa, algo forzada acaso, prosiguió hasta concluir.

I. Y era la ciudad de Mediolano donde comparecieron.

II. El gran sacerdote les dijo: Inclinaos y adorad á los dioses.

III. Y el pueblo estaba silencioso, mirando sus rostros que parecian como de ángeles.

IV. Pero Gervasio, tomando la mano á Protasio, esclamó alzando los ojos al cielo y todo poseido del Espíritu santo:

V. Oh hermano mio, veo al hijo del Hombre sonriéndose con nosotros; dejáme morir el primero.

VI. Porque si viera tu sangre, temeria derramar lágrimas indignas del señor nuestro Dios

VII. Y Protasio le respondió estas palabras:

VIII. Hermano mio, es justo que muera despues de tí, porque tengo mas años y mayores fuerzas para verte padecer.

IX. Pero los senadores y el pueblo rechinaban contra ellos los dientes.

X. Y habiendoles descargado el golpe los soldados, sus cabezas cayeron juntas sobre la misma piedra.

XI. En aquel mismo lugar fué donde el bien aventurado san Ambrosio mostró las cenizas de los dos mártires las cuales restituyeron la vista á un ciego.

—Vaya, dijo Cinq-Mars, mirando á su amigo luego que hubo concluido, que respondes á esto?

—Hágase la voluntad de Dios, pero no debemos sondearla.

—Ni desistir de nuestros planes por un juego de niños, repuso Effiat con impaciencia y envolviendose en una capa que tenia encima; acuerdate de los versos que en otro tiempo recitabamos *Justum et tenacem propositi virum*,... estas palabras de hierro se

han impreso en mi cabeza. Si, húndase en derredor mio el universo y sus reliquias me arrastrarán tras sí inalterable.

—No comparemos los pensamientos del hombre con los del cielo, y resignemonos, dijo Thou gravemente.

—*Amen*, dijo Grandchamp, cuyos ojos estaban empañados en lágrimas que se limpiaba con presteza.

—En que te metes tu, soldado viejo? ¿estas llorando? dijo su amo.

—*Amen*, dijo á la puerta de la tienda una voz gangosa.

—Pardiez, señor, que hagais mas bien esa pregunta á la Eminencia parda que viene á vuesta tienda, respondió el fiel criado señalando á José que se acercaba con los brazos cruzados, saludando con semblante risueño.

—Con que él ha de ser... murmuró Cinq-Mars.

—Acaso vengo en mala ocasion, dijo con dulzura José.

—Acaso en muy buena, dijo Enrique de Effiat sonriéndose y mirando á Thou; ¿qué

cosa os puede traer acá, padre, á la una de la mañana? Alguna buena obra seguramente.

José vió que le recibian mal, y como nunca iba sin llevar prevenidas interiormente cinco ó seis disculpas que echar á las personas á quienes se acercaba, y otros tantos arbitrios en su cabeza para salir de mal paso, creyó alli que habian descubierto el objeto de su visita y conoció que no era el momento del enfado el que debia escoger para preparar la amistad. Sentándose pues con bastante frialdad cerca de la cama, dijo:

—Vengo, caballero, para hablaros, de parte del Cardenal generalísimo, de los dos prisioneros españoles que habeis hecho; deseaba tener cuanto antes noticias sobre sus personas; tengo que verlos é interrogarlos, pero no pensaba encontraros todavia despierto; yo solo queria recibirlos de vuestros criados.

Despues de un cambio de cortesias forzadas, trageron á la tienda á los dos prisioneros que Cinq-Mars habia echado ya casi en olvido. Presentaronse ambos, el uno jóven y descubriendo enteramente su fisonomia jovial

y algo silvestre, era el soldado; el otro cubriendo su cuerpo debajo de una capa parda, y sus facciones lúgubres, pero ambiguas de espresion, bajo la sombra de su sombrero de ala ancha que no se quitó, era el oficial. Este fué el que habló y lo hizo primero que nadie.

—¿Por qué me habeis hecho levantar de mi paja y quitado el sueño? Es para ahorcarme ó ponerme en libertad?

—Para ninguna de las dos cosas, dijo José.

—Qué tengo yo que hacer contigo, hombre de la barba larga? yo no te he visto en la brecha.

Algun tiempo fue menester gastar, despues de tan amable exordio, en hacer comprender al estrangero los derechos que tenia un capuchino para preguntarle.

—Vaya, dijo, ¿qué es lo que por último quieres?

—Quiero saber vuestro nombre y patria.

—Yo no digo mi nombre, y, tocante á mi pais, tengo traza de español, pero no lo soy quizás, porque un español nunca es tal.

El padre José dijo volviendose hácia los dos amigos: Mucho me equivoco, ó yo he oido en alguna parte este metal de voz: este hombre habla francés sin acento, pero me parece que quiere proponernos enigmas como en Oriente.

—Oriente! Eso es, dijo el prisionero, un español es un hombre del Oriente, un turco católico; su sangre se amortigua ó hierve, es perezoso ó infatigable, la indolencia le hace esclavo y la actividad cruel; inmoble en su ignorancia, ingenioso en su superstición, no quiere mas que un libro religioso y un señor tiránico; obedece á la ley de la hoguera, manda en virtud de la del puñal, y se adormece por la noche en su sangrienta miseria, reposando del fanatismo y soñando en el crimen. (1) Quién es este hombre, señores? Es el español ó el turco? Adivinadlo. Ah! parece que veis encontrando que

(1) Téngase presente que es un francés quien habla de este modo, y que los franceses no hacen mas que decir sandeces cuando aciertan á tratar de España y de los españoles.

(*Nota del T.*)

tengo agudeza, porque encuentro entre los dos una relacion. Verdaderamente, señores, me haceis mucha honra, y no obstante pudiera estenderme mas, si quisiera, sobre lo mismo; si pasase al órden físico, no podrias por ejemplo, decir: Este hombre tiene facciones estiradas, ojos negros y en figura de almendra, cejas ásperas, boca triste y movible, y su cabeza está afeitada y cubierta con un pañuelo negro atado á guisa de turbante; se pasa todo un dia echado ó de pie, y espuesto á los rayos de un sol ardiente, sin moverse, sin hablar palabra y fumando un tabaco que le emborracha? ¿Es este un turco ó un español? ¿Estan Vds. contentos, caballeros? Verdaderamente les parece, cuando se rien; ¿pero de qué se rien Vds.? Yo que no he tenido esta idea, me he reido; mírenme Vds.! mi cara está triste. ¿O será acaso porque el taciturno prisionero se ha vuelto de repente parlanchin y habla como una cotorra? Pues esto no es nada, nada absolutamente, porque pudiera decir otras muchas cosas y hacerles algunos leves servicios, mis buenos amigos. Si me pu-

siera, por egemplo, á contar anédoctas, diria que conozco á un sacerdote que habia mandado matar á unos cuantos hereges antes de decir misa, y que, colérico de que le interrumpiesen en el altar durante el santo sacrificio, respondió á los que le pedian instrucciones: ¡Matadlos á todos (1), matadlos á todos! ¿reiran Vds. ahora todos, señores? No por cierto, este caballero, por egemplo, se morderá los lábios y la barba. Verdad es que pudiera responder que obró muy sábiamente y que hicieron mal en interrumpir su santa oracion. Pero si añadiese, señor de Cinq-Mars, que ha estado una hora escondido detras del lienzo de vuestra tienda para escuchar lo que se hablaba, y que ha venido para jugaros alguna treta, y no por mí ¿qué diria entonces?.. Ahora, caballeros ¿estan Vds. contentos? ¿Puedo retirarme despues de esta farsa?

---

(1) Esta respuesta es histórica, como lo es el P. José y casi todos los personages que figuran en esta historia.

(*Nota del T.*)

El prisionero habia dicho todo esto con la volubilidad de un vendedor de específicos, y en un tono de voz tan alto que José se quedó atortolado. Levantose indignado al fin, y hablando con Cinq-Mars, le dijo:

—¿Cómo permitis, caballero, que os hable de este modo un prisionero que debe ser ahorcado?

El español, sin dignarse pensar mas en él, se inclinó hácia Effiat, y le dijo al oido:

—Yo no os sirvo de nada, y asi dadme libertad; ya he podido recobrarla por mí, pero no lo quise hacer sin vuestra licencia; dádmela ó mandadme matar.

—Idos, si podeis, le respondió Cinq-Mars; os juro que me alegraré muchísimo.

Y mandó decir á sus criados que se retirasen llevándose el soldado con quien quiso quedarse para que le sirviera.

Todo esto fue obra de un momento. En la tienda solo quedaban ya los dos amigos, el desconcertado José y el español, quien quitándose el sombrero, enseñó una cara francesa, pero feroz, estábase riendo y su ancho pecho parecia respirar con mas libertad.

—Sí, soy francés, le dijo á José; pero aborrezco á la Francia, porque ha engendrado á mi padre que es un monstruo, y á mí que he llegado á serlo y le he pegado una vez; aborrezco á sus habitantes porque me han robado al juego toda mi hacienda, y yo los he robado y asesinado después; he sido español dos años para matar mas franceses, pero ahora aborrezco mas todavía á la España; nunca se sabrá por qué. Adios, voy en adelante á vivir sin nacion y todos los hombres serán mis enemigos. Continúa, José, y me igualarás en breve; sí, me has visto en otro tiempo, prosiguió empujándole con violencia por el pecho y echándole por tierra... soy Santiago Lanbardemont, hijo de tu digno amigo.

Dichas estas palabras, salió con presteza de la tienda y desspareció como un fantasma. Thou y los lacayos, que acudieron á la entrada, le vieron dar dos saltos por encima de un soldado desarmado y sorprendido, y correr hácia los montes con la velocidad de un ciervo, á pesar de los muchos mosquetazos que inútilmente le dispararon. José se

aprovechó de la confusion para evadirse tartamudeando algunas palabras de urbanidad, y dejó á ambos amigos riéndose de su aventura y mal recado, como se reirian dos estudiantes al ver caársele los anteojos á su pedagogo; preparándose en fin para entregarse al sueño de que ambos necesitaban y que no tardaron en encontrar, el herido en su cama y el jóven consejero en su sillon.

Por lo que hace al capuchino, se encaminaba hácia su tienda meditando sobre el partido que de todo aquello sacaria para vengarse mejor, cuando encontró á Laubardemont que iba tirando de la jóven loca por sus manos atadas. Contáronse sus mútuas y horribles aventuras.

No tuvo poca satisfaccion José de volver á abrir las llagas de su corazon, refiriéndole la suerte de su hija.

—Verdaderamente no sois feliz con vuestra familia, añadió; os aconsejo que encerreis á vuestra sobrina y recibais en casa á vuestro heredero, si afortunadamente acertais á dar con él.

Laubardemont se volvio á reir de un mo-

do horroroso: — Por lo que hace á esta mentecatuela, dijo, voy á entregársela á un antiguo juez secreto, que ahora es contrabandista en Oloron de los Pirineos; hará con ella lo que le acomode, le servirá de criada de su meson, por ejemplo; me cuido muy poco de ello, con tal que monseñor no oiga nunca hablar otra vez de ella.

Juana de Belfiel tenia la cabeza baja, y no dió ninguna señal de entender lo que oia, pues habíase apagado en ella todo vislumbre de razon. Solo una palabra le habia quedado en los lábios y la pronunciaba á cada paso: El juez! dijo por lo bajo, y se calló. Su tio y José la cargaron como un saco de trigo sobre uno de los caballos que dos criados habian traido; Laubardemont montó en el otro y se dispuso á salir del campamento, pues queria internarse en las montañas antes de amanecer.

— Buen viage! le dijo á José; despachad presto vuestros asuntos de Paris; os recomiendo á Pílades y Orestes.

— Buen viaje! respondió el capuchino; os recomiendo á Casandra y Edipo.

—Todavía no ha matado á su padre, ni casádose con su madre....

—Pero lleva camino de egecutar tales primores.

—Adios, mi reverendo padre!

—Adios, mi venerable amigo!

Esto fue lo que dijeron en voz alta, pero añadieron por lo bajo:

—Adios, asesino del hábito pardo! yo sabré componérmelas con el cardenal durante tu ausencia.

—Adios, malvado con toga encarnada! anda á destruir tú mismo tu maldita familia; acaba de derramar tu sangre en los demas que yo me encargo de la que te quede... Me marcho ahora. ¡Esta noche si que ha sido bien empleada!

CAPITULO XIV.

El motin.

El peligro, señor, es urgente y universal, y traspasa los cálculos de la prudencia humana.

MIRABEAU. *Mensage á Luis XVI.*

«*Vuele la escena en álas imaginarias con una velocidad igual á la del pensamiento*, esclama el inmortal Shakspeare en el coro de una de sus tragedias, *figuráos al rey sobre el Océano, acompañado de su vistosa flota, miradle, seguidle.* Con tan poético movimiento atraviesa el tiempo y el espacio, y trasporta á su arbitrio la atenta concurrencia á los lugares de sus sublimes escenas. Vamos á hacer uso de los mismos derechos sin

tener el propio génio; tampoco queremos sentarnos sobre la trípode de las unidades, y tendiendo la vista sobre París y el antiguo y melancólico palacio del Louvre, atravesarémos de un golpe el espacio de doscientas leguas, y el tiempo de dos años.

¡Dos años! ¡Cuántas variaciones pueden acarrear entre los hombres, entre sus familias, y especialmente entre esa gran familia tan revuelta de las naciones, cuyas alianzas son deshechas en un dia, cuyas guerras se aplacan con un nacimiento, y cuya paz queda destruida con una muerte! Nuestros ojos han visto á los reyes volver á su trono, en un dia de primavera; aquel mismo dia se dió un buque á la vela para hacer una travesía de dos años; cuando volvió el navegante, todavia reinaban; nada parecia haber ocurrido durante su ausencia, y no obstante Dios les habia quitado cien dias de reinado.

Pero ningun cambio habia ocurrido en Francia en 1642, que es la época á que pasamos, como no fuese en sus temores y esperanzas. Solo el porvenir habia cambiado de aspecto. Pero antes de volver á encontrarnos

con los personages de nuestra historia, importa echar una ojeada en globo sobre el estado del reino.

La poderosa unidad de la monarquía era aun mas imponente con las desgracias de los Estados inmediatos; las sublevaciones de Inglaterra y las de España y Portugal contribuían á que se admirase mas el sosiego de que gozaba la Francia; Strafford y Olivares, caidos ó vacilantes, hacian crecer al inmutable Richelieu.

Seis formidables ejércitos, descansando sobre sus armas triunfantes, servian de muralla al reyno: los del Norte, reunidos con los de Suecia, habian hecho huir á los Imperiales, perseguidos todavia por la sombra de Gustavo Adolfo; los que miraban á Italia, recibian en el Piamonte las llaves de las ciudades que habia defendido el príncipe Tomás; y los que reforzaban la cadena de los Pirineos sostenian á la sublevada Cataluña y se mantenian aun impacientes delante de Perpiñan de que no les era permitido apoderarse. Lo interior del reyno no era feliz, pero estaba tranquilo. Un génio invisible pa-

recia haber mantenido aquella calma, porque el rey, mortalmente enfermo, se consumia en San German al lado de un privado mozo, y el Cardenal, segun decian, se estaba muriendo en Narbona. No obstante, las muertes de algunos anunciaban que él estaba vivo, y los hombres caian de tarde en tarde como heridos de un soplo emponzoñado y trayendo á la memoria el poder invisible.

Saint-Preuil, uno de los enemigos de Richelieu, acababa de dejar su *cabeza de hierro* (1) sobre el cadalso *sin miedo ni verguenza*, como lo dijo al subir.

Sin embargo la Francia parecia estar gobernada por sí; porque el príncipe y su ministro estaban separados hacia mucho tiempo, y de estos dos enfermos que mútuamente se aborrecian, el uno no habia manejado nunca las riendas del Estado, y la mano del otro no era sentida ya; no se le oia mentar en los actos públicos, no aparecia en el gobierno,

---

(1) Diósele este nombre por su valor y demasiada firmeza de carácter que fué su crímen.

ocultábase por todas partes, y dormia como una araña en el centro de sus hilillos.

Si durante estos dos años habian sobrevenido algunos acontecimientos y revoluciones, debia pues haber sido en los ánimos: debian de ser algunos de esos cambios ocultos que engendran en las monarquías sin base fatales trastornos y largas y sangrientas revoluciones.

Para enterarnos de ello, fijemos la vista sobre el antiguo y lúgubre edificio del no acabado Louvre, y escuchemos las conversaciones de los que le habitan y rodean.

Era el mes de Diciembre, un invierno riguroso tenia contristado á París, en que la miseria y zozobra del pueblo llegaban al colmo; sin embargo su curiosidad no estaba amortiguada todavia, y ansiaba ver las escenas que le ofrecia la córte: su pobreza le era mas llevadera, cuando contemplaba las turbulencias de los ricos; sus lágrimas tenian menos amargura al ver los combates de los poderosos; y la sangre de los grandes, que regaba las calles y parecia la sola digna de ser vertida, le hacía bendecir su oscuridad.

Ya algunas escenas tumultuosas, algunos asesinatos notables habian hecho sentir el decaecimiento del monarca, la falta y fin cercano del ministro, y como una especie de prólogo de la sangrienta comedia de la Fronde empezaban á avisar la malicia y aun á encender las pasiones de los Parisienses. No les desagradaba este desórden; aunque indiferente á los motivos de las disputas, muy abstractos de suyo, no lo eran á las personas, y empezaban á cobrar ódio ó afecto á los gefes de partido; no á causa del interés que les suponian por el bien estar de su clase, sino meramente porque gustaban ó disgustaban como actores.

Una noche particularmente, se habian oido por el centro de la ciudad varios tiros y pistoletazos; las numerosas patrullas de Suitos y guardias de corps acababan tambien de ser atacadas y encontrar algunas barricadas en las calles tortuosas de la isla de Nuestra Señora; varias carretas atadas á los esquinazos y cubiertas con toneles habian estorbado á los ginetes que pasaran adelante, y varios hombres y caballos, estaban heridos de algunos mosquetazos. Sin embargo la poblacion seguia aun sepultada en el sueño á

escepcion del cuartel que rodeaba al Louvre, habitado en aquel entonces por la reina y por *Monsieur*, duque de Orleans. Todo anunciaba allí una espedicion nocturna de muy grave naturaleza.

Serian las dos de la mañana; estaba helando, y la oscuridad era profunda, cuando un numeroso grupo de gente se paró sobre el pretil, apenas enlosado entonces, cerca de la torre de Nesle construida en frente del palacio sobre el terreno arenísco que bajaba en pendiente hasta el Sena. Doscientos hombres, poco mas ó menos, formaban al parecer aquel grupo y todos embozados en anchas capas levantadas por la vaina de las largas espadas españolas que llevaban debajo Paseábanse sin concierto de arriba abajo, y parecian aguardar los acontecimientos mas bien que irlos á buscar. Muchos de ellos se sentaron con los brazos cruzados sobre las piedras esparcidas del empezado pretil. No obstante despues de algunos minutos, un hombre que salió al parecer de una embobedada puerta del Louvre se acercó lentamente con una linterna sorda, cuya luz iba arrimando á la cara de cada individuo, y que apagó luego que hubo dado con quien bus-

caba. Hablóle entonces á media voz de este modo apretándole la mano:

Mayor (1)? ¿Va bien la cosa?

—Sí, sí, ayer le he visto en San German.

—Vaya, Oliverio, ¿Qué os ha dicho el el zorro viejo: está muy malo en Narbona, y no tardará en irse al otro barrio; pero es preciso proseguir sin empacho nuestro asunto, porque no es la primera vez que se hace el atontecido. ¿Tenéis gente para esta noche, querido Fontrailles?

—¡Descuidad! Montresor va á venir con cien caballeros de *Monsieur*; le conocereis en que vendrá disfrazado de maestro albañil con una regla en la mano. Pero no olvideis sobretodo el santo: ¿le saben bien todos vuestros amigos?

—Sí, todos, escepto el abate Goudi que no ha llegado todavia; pero, Dios me perdone, allí le teneis. ¿Quién demonios le habria conocido?

Escurrióse efectivamente entre ellos un hombrezuelo sin sotana, vestido de soldado de guardias francesas, y con bigotes muy negros y postizos. Brincaba de un pie en otro

(1) Así llamaban por abreviatura al caballerizo mayor Cinq-Mars. Este nombre volverá á ser repetido muchas veces en el curso de esta historia.

con semblante risueño y se estregaba la manos.

—¡Vive Dios! todo va bien, y no haria mas mi amigo Fiesco. Y poniéndose de puntillas para tocarle en el hombro á Oliverio: ¿Sabeis, le dijo, que no os conducis mal, Señor Oliverio de Entraignes, para un hombre que casi acaba de salir de page.? Si encontramos un Plutarco, habeis de ser uno de sus hombres ilustres. Todo está bien organizado, llegais á la hora precisa, ni antes ni despues, como un verdadero gefe de partido. Fontrailles, este mozo hará progresos; yo os lo predigo. Pero despachémonos, que dentro de dos horas os llegarán de refuerzo algunos feligreses de mi tio el arzobispo de París; los he calentado bien, y gritarán: *Viva Monsieur!, Viva la Regente! No mas Cardenal!* como unos desesperados. Unas buenas devotas, todas mias, les han trastornado la cabeza. El rey está muy mal. Todo va sin embargo bien, muy bien! Vengo de San German; he visto al amigo Cinq-Mars que está corriente, muy corriente, siempre firme como una roca. Esto sí que se llama ser hombre! Ahora es dueño de toda la córte. Es cosa hecha, dicen que el rey va á crearle duque y par; se habla

mucho de esto, pero todavia está dudoso; es ménester decidirle con nuestro movimiento de esta noche: *el voto del pueblo!* es menester manifestar sin remedio *el voto del pueblo*, vamos á hacerle oir. ¿Sabeis que esto acarreará la muerte de Richelieu? El ódio á su persona es lo que mas debe resaltar en las voces, porque lo esencial es esto. Así se decidirá al cabo nuestro Gaston que anda siempre perplejo, ¿nó es verdad?

—¿Y puede hacer otra cosa en este momento? dijo Fontrailles; si tomase hoy una resolucion en nuestro favor, seria muy fatal

—¿Y por qué?

—Porque estaríamos seguros de que mañana estaría en contra.

—No importa, repuso el abate, la reina es muger de cabeza.

—Y de corazon tambien, dijo Oliverio; esto me dá esperanzas para Cinq Mars, que me parece haberse atrevido á hacer el mohino al mirarla.

—Sois un niño, y todavia no conoceis la corte. Nadie puede sostenerle mas que la mano del rey que le quiere como á hijo; y por lo que hace á la reina, si su corazon late es por cosas pasadas, no por las futuras. Pero

no hay que pensar en semejantes simplezas: decidme, amigo mio: ¿estais bien seguro de ese joven abogado vuestro que veo corretear por allí? ¿Piensa como nosotros?

—Enteramente, es un realista decidido y ahora mismo echaria al rio de cabeza al Cardenal; ademas que es Fournier, el de Loudun, y dicho se está todo.

—Bien, bien, asi queremos los hombres. Pero cuidado, cabal eros, que viene gente por la calle de San Honoré. ¿Quién vá? gritaron los primeros del grupo á los que venian; realistas ó cardenalistas?

—*Gastor* y el *Mayor*, respondieron en voz baja los recienvenidos.

—Es Montresor y la gente de *Monsiur*, dijo Fontrailles; pronto podremos empezar.

—Sí, voto va á brios! dijo uno de los que llegaban; porque, segun nos acaban de decir, los cardenalistas van á pasar á las tres.

—Adonde van? dijo Fontrailles.

—Son mas de doscientos para escoltar ta el señor de Chavigny que va á ver al zorro viejo á Narbona.

—Pues bien, vamos á esconderles las uñas, dijo Gondi.

Cuando acabó de hablar, se oía ya un

ruido de coches y caballos. Muchos hombres con capas rodaron una gran piedra hasta el medio de la calle. Los primeros ginetes pasaron rápidamente por entre la turba y con pistola en mano, recelándose ya algo; pero el postillon que guiaba los cuatro caballos del primer carruage se enredó en la piedra y rodó por el suelo.

—¿De quién es ese coche que vá atropellando á la gente de á pie? gritaron á un tiempo todos los hombres de capa. Eso es muy gran tiranía! imposible que no sea de algun amigo del Cardenal *de la Rochela* (1).

— Es de uno que no teme á los amigos del pequeño *Mayor*, contestó una voz á la portezuela abierta desde donde saltó al momento un hombre sobre un caballo.

— A partad esos cardenalistas hasta el rio, dijo una voz áspera y penetrante.

Aquella fué la señal del combate que empezó por disparar ambos bandos con furia diferentes pistoletazos que sirvieron para ilumi-

---

(1) Durante el largo asédio de esta ciudad, dieron este nombre á Richelieu para poner en ridículo su obstinacion en cercar esta plaza reputada inexpugnable.

nar aquella escena tumultuosa; el ruido de las espadas y el pataleo de los caballos no impedian distinguir por una parte las voces de: Abajo el ministro! viva el rey! viva *Monsieur* y el señor Mayor! abajo las *medias coloradas!* y por la otra: Viva su Eminencia! viva el gran Cardenal! mueran los facciosos! viva el Rey! porque el nombre del Rey autorizaba todas las enemistades asi como todas las simpatías de aquella singular época. Entretanto los hombres de á pié habian conseguido atravesar los dos coches por el pretil para que les sirviesen de muralla contra los caballos de Chavigny, y desde alli, por entre las ruedas, las portezuelas y debajo de los muelles, los abrasaban á pistoletazos y tenian ya desmontados á muchos; el tumulto era horroroso, cuando se abrieron las puertas del Louvre, y salieron al trote dos escuadrones de guardias: la mayor parte llevaban teas encendidas para alumbrarse á sí propios y á los que iban á atacar. La escena cambió entonces de aspecto. A medida que se acercaban los guardias á uno de los hombres de á pié, se veia á este pararse, quitarse el sombrero, darse á conocer y manifestar su nombre, y el guardia se re-

tiraba, saludando algunas veces, y otras apretándole la mano. Este socorro que les llegó á los coches de Chavigny fué pues casi totalmente inútil, y no sirvió mas que para aumentar la confusion. Los guardias de corps, como para dejar á salvo su conciencia, recorrian la muchedumbe de los duelistas diciendo con blandura: Vamos, señores, moderacion.

Pero cuando dos caballeros tenian *empuñado el acero* y se batian con encarnizamiento, el guardia que presenciaba el combate, se paraba para juzgar los golpes, y algunas veces ayudaba á quien creia que era de su misma opinion; porque este cuerpo tenia, como toda la Francia, sus realistas y cardenalistas.

Poco á poco iban iluminándose las ventanas del Louvre, y por detras de los vidrios se veian muchas cabezas de mugeres, atentas á contemplar el combate.

Salieron con hachones muchas patrullas de suizos, cuyos soldados eran conocidos por su estraño uniforme. Llevaban el brazo derecho listado de azul, blanco y encarnado, y encarnada la media de su pierna derecha; su lado izquierdo estaba listado de azul, blan-

co y encarnado, y la otra media era encarnada y blanca. Sin duda se habian prometido en el palacio real que aquella tropa de estrangeros podria disipar la turba, pero se engañaron. Aquellos impasibles soldados, siguiendo fria y exactamente las órdenes que les habian dado, circularon, sin traspasarlas un ápice, por entre los grupos armados que disiparon por un momento, y luego fueron á reunirse delante de la verja con admirable precision, y volvieron á ordenarse como en un ejercicio, sin averiguar si los enemigos por entre que habian pasado habian vuelto á reunirse ó no.

Pero el ruido, que habia cesado un momento, volvió á hacerse general con las reyertas particulares. Por todas partes se oian provocaciones, injurias y juramentos; parecia que el combate no podia acabar mas que con la destruccion de los dos partidos, cuando unas voces, ó por mejor decir, unos ahullidos horrorosos hicieron subir á su colmo la confusion. El abate de Gondi, que estaba ocupado á la sazon en tirar de la capa á un ginete para hacerle venir al suelo, esclamó: «Ahí está mi gente, Fontrailles! ahora vereis maravillas; mirad como marcha

la rosa; esto se va poniendo soberbio de veras!» Y soltando su presa corrió á subirse sobre una piedra para contemplar las maniobras de su tropa, cruzándose los brazos con la importancia de un general en gefe. El dia empezaba á despuntar, y vióse que, desde el estremo de la isla de san Luis, acudia efectivamente una porcion de hombres, mugeres y niños de la hez del pueblo, dando estrañas voces al cielo y hácia el palacio del Louvre. Las muchachas traian empuñadas largas espadas y los muchachos arrastraban pesadas alabardas y picas embutidas del tiempo de la Liga; varias viejas llenas de andrajos venian tirando con cuerdas de carretones llenos de armas antiguas, rotas ó mohosas; seguialas artesanos de todas clases, la mayor parte borrachos, con palos, horquillas, lanzas, palas, teas, estacas, garfios, palancas, estacas, sables y asadores puntiagudos. Cantaban y andaban sucesivamente, contrahaciendo con bárbaras risas los maullidos del gato y llevando por bandera un animal de estos colgado del extremo de un varal y envuelto en un trapo encarnado, remedando asi al Cardenal cuya aficion á los gatos era de todos sabida. Varios pregonadores pú-

blicos corrian, sudando y sin aliento, á esparcir por los arroyos y las aceras y á fijar en los pretiles, esquinas y paredes de las casas y aun del mismo palacio, largas crónicas satíricas compuestas en versos cortos sobre los personages de aquel tiempo; los mozos de carnicero y los pillos de cocina llevaban gruesos machetes, tocando la carga sobre calderos y arastrando por el lado un cochino recien muerto á quien le habian puesto el solideo encarnado de un monaguillo de catedral. Unos cuantos *tunos*, muy jóvenes y robustos, iban vestidos de mugeres y pintorrojeados de vermellon dando furiosos gritos, y diciendo: « Somos madres de familia perdidas por Richelieu: muera el Cardenal!« Llevaban en los brazos chiquillos de paja que hacian amago de tirar al rio, y los tiraban en efecto.

Cuando los millares de personas de aquella turba asquerosa é infernal hubieron inundado los pretiles, produjeron un efecto singular sobre los combatientes y enteramente contrario al que esperaba su patrono. Los enemigos de cada bando bajaron las armas y se separaron. Los de *Monsieur* y de Cinq-Mars se indignaron de verse socorridos por

tales auxiliares, y ayudando ellos mismos á los caballeros del Cardenal á montar otra vez á caballo y en los coches, y á sus criados á conducir los heridos, dieron citas particulares á sus enemigos para concluir su contienda en parage mas escondido y correspondiente á ellos. Avergonzados de la superioridad de su número y de las ruines tropas que parecian mandar, entreviendo acaso por la vez primera las funestas consecuencias de sus reyertas políticas, y viendo cual era el lodo que acababan de revolver, se dividieron para retirarse, encasquetandose sus anchos sombreros hasta las cejas, echandose las capas sobre sus espaldas, y temerosos de la luz del dia.

—Todo lo habeis desconcertado con esa canalla, señor abate, dijo Fontrailles pateando á Gondi que estaba bastante confuso; preciosos feligreses tiene el bueno de vuestro tio!

—No es culpa mia, repuso sin embargo Gondi con tono quisquilloso; todo es porque esos mentecatos han llegado una hora despues; si hubiesen venido de noche, nadie los habria visto, lo cual verdaderamente les sirve de estorbo, porque confieso que la luz

del dia les es fatal, y solo se hubiera escuchado la voz del pueblo. *Vox populi, vox Dei.* Por otra parte el mal no es tan grande; su muchedumbre nos vá á facilitar medios de evadirnos sin que seamos conocidos, y al cabo de todo, hemos acabado ya nuestra tarea; nosotros no queríamos la muerte del pecador; Chavigny y los suyos son gente bizarra á quien yo quiero mucho; tanto mejor, si solo está algo herido. Adios, voy á ver á M. de Bouillon que acaba de llegar de Italia.

—Oliverio, dijo Fontrailles, idos á San German con Fournier y Ambrosio; yo voy con Montresor á dar cuenta á *Monsiur* de lo ocurrido.

Todo quedó pues concluido, y el tédio hizo con aquella gente bien educada lo que le habia sido imposible á la fuerza.

Asi dió fin aquella barrabasada que parecia iba á acarrear grandes desgracias; nadie fué muerto en ella; los ginetes, con algunos rasguños mas, y varios con su bolsa menos, con gran sorpresa suya, prosiguieron su camino al lado de los coches por calles estraviadas; los demas se evadieron uno tras otro por entre el mismo populacho que ha-

bian sublevado. Los miserables que le componian, privados de gefes que los gobernaran, estuvieron todavia dos horas gritando del mismo modo, hasta que se les hubo evaporado el vino, y el frio apagó el ardor de su sangre juntamente con el de su falso entusiasmo. Veíase entretanto en las ventanas de las casas del pretil y de la ciudad, y á lo largo de las paredes, al prudente pueblo de París mirando con tristeza y en melancólico silencio aquellos preludios de desórden; mientras que el gremio de los mercaderes, vestido de negro y precedido de sus síndicos y prebostes, se encaminaba lenta y animosamente por entre el populacho hacia el *Palacio de Justicia* donde debia reunirse el parlamento, para darle queja de aquellas lamentables escenas nocturnas.

Entretanto las habitaciones de Gaston de Orleans estaban todas alborotadas. Este príncipe habitaba entonces el ala del Louvre paralela á las Tullerías, y sus ventanas daban al patio por una parte, y por la otra sobre un monton de casas, pequeñas y estrechas calles que cubrian casi enteramente la plaza. Levantóse precipitadamente despertando sobresaltado al ruido de las armas de fuego

calzó sus pies con anchas chinelas cuadradas de alto talon, y envolviéndose en una gran bata de seda, bordada con adornos de oro de relieve, se paseaba de arriba abajo por su alcoba, enviando de minuto en minuto un nuevo lacayo á preguntar lo que ocurria, y gritando que fuesen á buscar al abate la Riviére, su acostumbrado consejero; pero desgraciadamente estaba entonces fuera de París. A cada pistoletazo corria aquel tímido príncipe á asomarse á las ventanas, sin ver mas que algunos hachones que llevaban corriendo; por mas que le decian que las voces que oia eran en su favor, no cesaba de pasearse por la habitacion sumamente desatentado, sueltos sus largos cabellos negros, y abiertos y abultados sus ojos azules por la inquietud y el terror; estaba medio desnudo cuando llegaron por último Montresor y Foutrailles, y le encontraron golpeándose el pecho y repitiendo á cada paso: *Mea culpa, mea culpa.*

—Vaya, gracias á Dios! les gritó desde lejos saliendo. Gracias á Dios que estais de vuelta! ¿qué es lo que ocurre? ¿qué hacen por ahí? ¿quienes son esos asesinos? ¿qué voces son esas?

—Están gritando: *Viva Monsiur!*

Gaston, haciendo como que no lo oia, y teniendo abierta un instante la puerta de su cuarto para que su voz llegase hasta las galerías en que estaban los criados de su servidumbre, prosiguió voceando con toda su fuerza y accionando con las manos:

—Nada de eso sé; yo no he autorizado nada, no quiero oir, ni saber cosa alguna; nunca entraré en ningun plan; son unos facciosos los que meten toda esa bulla, no me hableis de ellos, si quereis ser bien vistos aquí; yo no soy enemigo de nadie, aborrezco tales escenas. . . .

Foutrailles que conocia al hombre con quien se las habia, no respondió nada y entró con su amigo, pero sin apresurarse mucho, á fin de que el príncipe tuviera tiempo de desahogarse; y luego que hubo acabado de hablar y se cerró la puerta cuidadosamente, tomó la palabra:

—Monseñor, dijo, venimos á pediros mil perdones por la impertinencia de ese pueblo que está empeñado en gritar que quiere la muerte de vuestro enemigo y que quisiera hasta teneros de regente, si tuviesemos la desgracia de perder á S. M.; sí, el pueblo es siempre libre en sus palabras, pe-

ro era tan numeroso que todos nuestros esfuerzos no han podido contenerle ni impedir que manifestase sus mas ardientes deseos; era el grito del corazon en toda su verdad, era una explosion de amor que no podia reprimir la fria razon y que traspasaba todas las reglas.

—¿Pero qué es lo que al fin ha pasado? repuso Gaston algo sosegado; ¿qué han estado haciendo desde cuatro horas que hace les escucho?

—Ese amor, continuó friamente Montresor, como Mr. Fontrailles ha tenido el honor de deciros, traspasaba de tal modo las reglas y los límites, que nos arrastró á nosotros involuntariamente; y nos sentimos arrebatados de ese entusiasmo que nos enagena siempre al oir solo el nombre de *Monsiur*, lo cual nos ha inducido á hacer cosas que no habiamos premeditado...

—Pero, en fin ¿qué es lo que habeis hecho?.. repuso el príncipe.

—Estas cosas, replicó Fontrailles, de que Montresor tenia el honor de hablar á *Monsiur*, son cabalmente las mismas que yo preveia aqui mismo ayer noche, cuando tuve la honra de hablarle...

—No hablemos de eso, interrumpió Gaston; no podeis decir que he mandado ni autorizado nada: yo no me meto en nada, ni entiendo en lo mas mínimo sobre el gobierno.

—Convengo, prosiguió Fontrailles, en que vuestra Alteza no ha mandado hacer nada, pero me permitió que le dijera que esta noche habria tumulto á eso de las dos, y esperaba que su sorpresa no fuera tanta.

El príncipe fué recobrandose poco á poco, y viendo por otra parte que no asustaba á los dos campeones, teniendo por otra parte presente en su conciencia y leyendo en los ojos de ambos el recuerdo del permiso que les habia dado la víspera, se sentó á la orilla de su cama, cruzó los brazos, y mirandolos con semblante de juez, les dijo otra vez en tono imponente.

—¿Pero que habeis hecho por último?

—Casi nada, monseñor, dijo Fontrailles; la casualidad hizo que nos encontrasemos entre la turba con algunos amigos nuestros que habian tenido una reyerta con el cochero de M. Chavigny que los iba atropellando, y de aqui se originaron algunas palabras un poco vivas, algunos amagos algo ásperos,

unos cuantos rasguños que hicieron retroceder al coche, y nada mas.

—Nada mas absolutamente, repitió Montresor.

—¡Como! ¿Nada mas? esclamó Gaston muy alterado y dando un brinco de la cama. ¿Con qué no es nada detener el coche de un amigo del Cardenal-duque? No me gustan estas escenas, ya os lo he dicho; yo no aborrezco al Cardenal, el cual es ciertamente un gran político, un muy profundo político; me estais comprometiendo horrorosamente, sábese que Montresor es mio; si acaso le han conocido, dirán que yo le he enviado...

—La casualidad, respondió Montresor, quiso que encontrase este trage del pueblo que S. A. puede ver debajo de mi capa, y que preferí á ningun otro por esa razon.

Gaston respiró...

—¿Estais bien seguro de que no os han conocido? dijo; porque ya conoceréis, mi querido amigo, lo sensible que me sería... vos mismo convendreis en ello...

—¡Si estoy seguro, cielos! esclamó el gentil-hombre del príncipe, apostaria mi

cabeza y mi salvacion á que nadie ha visto mis facciones, ni llamádome por mi nombre.

—Vaya, continuó Gaston, volviendose á sentar sobre la cama y poniendo un semblante mas sosegado, y en que aun brillaba una ligera sastisfaccion; decidme algo de lo que ha pasado.

Fontrailles se encargó del papel del narrador, y como es de imaginar, el pueblo hacia un papel principal en su narracion, y la gente de *Monsiur* ninguno, y, al terminar su perorata, añadió estendiendose sobre los pormenores: Desde vuestras mismas ventanas, monseñor, habriais podido ver á respetables madres de familia arrojar sus hijos al rio, impelidas de la desesperacion y maldiciendo á Richelieu.

—Ah¡ eso es horroroso! esclamó el príncipe indignado ó aparentando que lo estaba y creia tales escesos, ¡con que es mucha verdad que es detestado tan generalmente! pero es menester convenir en que lo merece. ¡Como! ¿Es posible que su ambicion y su avaricia hayan reducido á tal estremo á estos buenos habitantes de Paris que yo quiero tanto?

—Sí, monseñor, repuso el orador, y aho-

ra no solo es Paris sino la Francia toda la que os suplica con nosotros á que os resolvais á libertarla de ese tirano; todo está dispuesto, y solo hace falta una señal de vuestra augusta ca... para echar por tierra á ese pigmeo que ha osado humillar á la misma casa real.

—Ay! Dios me es testigo de que le perdono esa injuria, replicó Gaston alzando los ojos; pero no puedo oir por mas tiempo las voces del pueblo; sí, acudiré en su ausilio..

—Ah! permitid que bese vuestras rodillas! esclamó Montresor inclinándose.

—Es decir, repuso el príncipe retrocediendo, siempre que mi dignidad no quede comprometida, y no suene mi nombre en ninguna parte.

—Pues justamente es el lo que quisiéramos, esclamó Fontrailles con alguna mas libertad. Oid, monseñor, aun hay algunos nombres con que contar despues del vuestro y que no temen ser escritos; os los diré al punto si lo desais.

—Pero, pero, pero...dijo el duque de Orleans con algun sobresalto ¿sabeis que lo que me proponeis es lisamente una conspiracion?

—Quitad allá, monseñor! Unos caballeros como nosotros formar una conspiracion! nada de eso; una liga, cuando mas, una convencioncilla para dar direccion al voto unánime de la nacion y de la corte; y nada mas.

=Pero, pero eso no está muy claro, porque este negocio al fin no será general ni público, luego será una conspiracion; vos no confesareis que entrais en ella.

—Yo, monseñor! perdonadme, á toda la tierra, supuesto que todo el reino entra en ella y yo soy del reino. ¿Quién no pondria su nombre despues de los señores de Bouillon y Ciq-Mars?

—Despues, tal vez, pero antes, dijo Gaston fijando la vista sobre Fontrailles, y con mas sorna de lo que esperaba.

Este pareció vacilar un momento...

—Pues bien ¿qué haria *Monsiur* si yo le dijese nombres despues de los cuales pudiera poner el suyo.

—¡Gracioso estais á fe mia! repuso el príncipe riendose ¿no sabeis que sobre el mio no hay muchos? yo no veo mas que uno.

—En fin, si hay uno ¿promete monseñor poner el de Gaston debajo?

—Sí, vive Dios! de muy buena voluntad; nada arriesgo, porque no veo mas que el del rey, y este seguramente no anda en el negocio.

—Pues permitid desde ahora, dijo Montresor que os cojamos la palabra, y en este momento tened á bien acceder á solo dos cosas, veros con M. de Bouillon en el cuarto de la reina, y con el señor caballerizo mayor en el cuarto del rey.

—Por hecho, dijo *Monsieur* gozoso y tocandole en la espalda á Montresor, hoy mismo iré á asistir al tocador de mi cuñada y le pediré á mi hermano que venga conmigo á correr un ciervo en Chambord.

No querian mas los dos amigos, y ellos mismos se quedaron sorprendidos de su obra; nunca habian visto en su gefe tanta resolucion. Asi pues temerosos de suscitarle nada que pudiera desviarle del camino que acababa de tomar, se dieron priesa á mudar de conversacion y se retiraron contentísimos, diciendole al oido al tiempo de despedirse que contaban con sus últimas promesas.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.